



NO HOME

El hogar como no lugar

by

Reportero Jesús (texto)

Marc Javierre-Kohan (fotos)

© Imágenes de interior, de Marc Javierre-Kohan
© Imagen de portada, de <https://es.pngtree.com/>
© Imagen de las páginas 28 y 29,
newsroom sobre el Iphone 15 Pro de <https://www.apple.com/>
© Imagen de las páginas 40 y 41,
de la Associació de Veïns de Ciutat Meridiana
© Imagen de las páginas 87 y 184, de Jesús Martínez

ISBN 978-84-19890-75-7

ÍNDICE

Prólogo	5
Presentación	7
Introducción	11
1. Amina Tayibi	33
2. Antonia y Aaron	43
3. Blanca Espinosa	49
4. Camillo Biagioni	59
5. Pepi Pons	67
6. Isi y Elena	73
7. Jordi Papell	83
8. Juanjo Hernández	91
9. Nadia Aite	101
10. Diego y Pau	109
11. Xavier Olivé	115
12. Yolanda Niño	123
13. Joven sin un puto duro	131
Epílogo. Los silencios de Josep Romeu	139

PRÓLOGO

El hogar no es solo un techo: es el lugar donde la vida encuentra su pausa, su refugio. Es el espacio donde el ruido del mundo se queda fuera, al otro lado de la puerta.

Pero ¿qué pasa cuando esa puerta se cierra para siempre y tú te quedas fuera?

En cada desahucio, igual que en las guerras que he presenciado, no se pierden solo paredes o muebles. Se quiebra el suelo bajo nuestros pies, y con él, la noción de pertenencia, la certeza de un lugar al que volver. Se desmorona un mundo entero.

Jesús Martínez, con la mirada de un reportero que no teme adentrarse en las grietas de la sociedad, nos lleva a esos umbrales rotos. En NO HOME no hay balas ni bombas, pero el estruendo del desarraigo es igual de devastador. Cada historia

aquí retratada es una trincheira donde las familias luchan contra un enemigo invisible: la indiferencia del sistema, la implacable maquinaria de la especulación y un nuevo paradigma que convierte la vivienda en mera mercancía.

Desde sus primeras incursiones en la prensa local, pasando por reconocimientos como el Premio Internacional Rey de España y el Montserrat Roig, Jesús ha afinado su pluma para transformar datos en relatos, estadísticas en rostros. En este libro, acompañado por las potentes imágenes de Marc Javierre-Kohan, se convierte en el cronista de lo que ya no está: de la silla vacía, del pasillo desolado, del eco de una risa infantil que aún parece flotar en habitaciones desiertas.

La narrativa de Jesús no solo informa, sacude. Con la

precisión del periodista y el alma del escritor, logra que cada línea duela, que cada historia hable de algo más grande: de un mundo donde el hogar ya no es un derecho, sino un privilegio cada vez más lejano. NO HOME no busca consuelo, sino conciencia. Es un recordatorio de que detrás de cada puerta cerrada hay vidas truncadas, sueños en pausa, futuros que se desdibujan.

En este libro, el lector no solo encontrará relatos de desahucios. Encontrará humanidad en estado puro, con todo su dolor y toda su resistencia. Porque, como en las guerras, incluso en la pérdida más absoluta, hay quienes luchan por no desaparecer del todo.

MAYTE CARRASCO
Reportera de guerra

PRESENTACIÓN

La tercera acepción de la palabra *hogar* (*home* en inglés) no es casa o domicilio, sino familia: «Grupo de personas emparentadas que viven juntas».

El hogar, la casa, ya no es una misma unidad de convivencia. Ni siquiera es un techo seguro.

Cada vez más, la casa es la *no casa*.

El proyecto NO HOME retrata la sociedad barcelonesa de la última década, poniendo especial énfasis en sus vulnerabilidades.

Según datos del Consejo General del Poder Judicial (2021), cada día se produce una veintena de desahucios en Barcelona.

En muchos casos, se ponen en marcha las llamadas «ejecuciones hipotecarias», que no entienden de historias personales.

En NO HOME, se escudriña buena parte de los desahucios, sobre todo en el contexto de la grave crisis socioeconómica que arrastramos desde el 2008, como consecuencia de la crisis financiera en Estados Unidos (Lehman Brothers).

Podrían ser estos los casos habituales que la prensa cubre. (Por ejemplo, la situación en la que vive la joven ciudadana Marta Gramunt, en el golpeado barrio de Ciutat Meridiana, o bien las personas de la tercera edad sobre las que cuelga un expediente de desalojo inmediato por supuestos «impagos de alquiler», en la nebulosa galaxia de la gentrificación que nos asola).

La especificidad de NO HOME, que explica los desahucios pasados y presentes, es abrirse al futuro para narrar cómo será el desahucio de mañana, el *no desahucio*.

Siguiendo la línea del pensador coreano Byung-Chul Han («el orden digital fragmenta la vida»), la privación de la vivienda en el futuro estará fundamentada en la información: es decir, en un mundo que prescinde de los objetos que han pautado la vida (la biblioteca familiar, las fotografías enmarcadas, los jarrones decorativos...) y que reduce la interacción humana a las redes sociales, la máxima posesión es el teléfono móvil, con el que no solo nos comunicamos sino con el que formulamos (transaccionamos, operamos, sirve de instancia y como método de pago).

De ahí que la desconexión digital forzada sea la anulación del hogar, tal y como varios pensadores reconocen.

«La comunicación digital supone una considerable merma de las relaciones humanas», prosigue Han, que se sustenta también en los estudios de los filósofos Martin Heidegger y Roland Barthes.

En definitiva, pasaremos de una pareja que malvive en una antigua sucursal bancaria (por ejemplo, los inmigrantes retratados en el proyecto *FORBES: El banco de Mayka*, de Jesús Martínez y Marc Javierre-Kohan) a una persona que necesita con urgencia a un asistente sociocultural que tramite documentos, formularios y peticiones en una nube donde se almacena lo no tangible.

En suma, la extrema burocratización y la informatización sociable (tiendas Apple como puntos de reunión) hacen que el ciudadano de a pie sea solo usuario y tenga un código asignado. Así, numerados y reencontrados en sujetos táctiles que no miran alrededor nos convertimos en fáciles tomas de los depredadores inmobiliarios, siendo más común la advertencia sms tipo: «Por retraso en el pago del importe X del formulario modelo Y, le damos Z días hábiles para abandonar el domicilio».

Aquellos que no utilicen los códigos de la modernidad (personas mayores, menores no acompañados, familias en situación de desestructuración, inmigrantes en situación irregular...) verán como les pasa por encima la apisonadora.

Y si tienen casa, se quedarán sin ella.

Es lo que le ocurrió al abuelo de la barcelonesa Beatriz Riera, y lo cuenta en una entrevista publicada en el libro *Naruto. Los guerreros de Glovo y otras historias en la Barcelona de la aluminosis social*, de Jesús Martínez (crónica XXXII):

Nacida en la calle de los Còdols, en Ciutat Vella, la echaron por una falta leve en el arreglo de los papeles para proceder a la subrogación de contrato («no sé qué paso, era

muy pequeña, simplemente que el piso era de renta antigua y no sé cómo liaron a mi abuelo, que le dijeron que algo faltaba, que alguna firma faltaba»). Y ahora en su antigua finca se planea la construcción de un hotel de lujo.

Sin móvil y sin capacidad para manejarlo (educación digital), estamos perdidos.

NO HOME es una recopilación de no hogares, que lo fueron, que querían serlo y lo eran, que dejaron de serlo o que dejarán de serlo en algún momento. (Por ejemplo, una casa a punto de sufrir un desahucio no es exactamente un hogar, sinónimo de paz interior, de tranquilidad, al igual que una casa en la que ya no vive nadie es el recuerdo de lo que fue en su día un hogar.)

INTRODUCCIÓN

Podría caber en una caja. Podría ser una caja. No el contenido, sino el continente.

«Los envoltorios de los productos informáticos son tan buenos, que guardo las cajas.»

Ash Ketchum (seudónimo, por la serie de dibujos infantiles japoneses de Pokémon) ha desarrollado una aversión a las cosas. (Este reportero tacha el adjetivo «extraña» que iba pegado a la palabra *aversión*, porque ya se siente un tanto desubicado en el ultramoderno planeta de los simios que abarca el territorio Pokémon, el mundo del futuro.)

Ash suda de las cosas, y cuando se le pregunta por qué no coloca en el comedor de su casa una estantería para los libros, le sale una expresión gutural, que es un no concentrado, con una interjección tipo uf, algo que indica cansancio, sofoco, asombro, algo increí-

ble, sobrenatural, propio de una vida terrenal de tiempos pasados, fosilizada, bípeda. Dice: «Obviamente, impen-sable».

«¿Para qué quiero una estantería? ¡No! ¡Buah, uf! Si no tengo libros tampoco...»

Ash está en la treintena, mide uno sesenta y tantos y pesa lo que le indique su reloj Apple watch de serie megalta. Quizá pese 65 kilos.

Ash podría ser una caja de zapatos, si esos zapatos fuesen, claro, zapatos Smart, con luces, gepeús, vrams y ramdacs.

Así que a Ash le describiríamos (pediríamos) así: «Modelo 74875. Color astracán. Trade mark Pinoso's. Original. Fabricado en España. Ligero. Flexible. Antideslizante. Transpirable. Suave».

Todo esto es Ash. Su pareja, Serena (seudónimo, por el

anime de Pokémon), también se puede definir igual: los dos rondan la órbita de los ellos (género indefinido, no binario, irregular). Aunque él sea él –eso asegura él– y ella sea ella –eso asegura ella.

La pareja feliz formada por los dibujos Ash y Serena se ha instalado en el cuarto tercera de la escalera A de una calle transitada, encima de un bazar chino que se llama Home+.

La casa de Ash y Serena la compró el padre de Ash, a quien le denominaremos Manuel; creció sin dibujos, estudiando las declinaciones de latín en el seminario de jesuitas. El piso lo adquirió en 1993, justo el año siguiente en el que nació Ash (Barcelona, 1992). Serena nació en Barcelona, en 1996.

El «ultrageroso» Manuel se apañó una casita en el campo y se alejó de la polución y el ruido, y ese apartamento lo alquilaron a familia y desconocidos. De esta forma, los dos treintañeros, que han

finalizado un grado de Medios Audiovisuales, se quedaron con la casa. Y contrataron la empresa que la auxiliar de su Iphone, Siri, les recomendó en Google: Aquí tu reforma (*«Quiérete. Te mereces renovar tu hogar»*).

De octubre del 2022 a febrero del 2023, la brigada de paletas arrambló con lo que había en la casa, con sus muebles de confianza de los noventa y sus sillas de madera verdadera, teca o haya. «Les dijimos que lo tiraran todo y que lo dejaran tal y como nos habían enseñado en diagramas que nos enseñaron por mail», dice Ash.

Paredes lisas, blancas, espumosas, ningún cuadro colgado, ninguna cosa a la vista. Funcional. Espacios despejados. Prefabricados. «Minimalista», conviene.

De arquitecturaydiseño.es: «Minimalismo es terapia al representar una ruptura decisiva con el pasado».

Las cosas que tenía en la habitación de casa de su padre

las ha tirado a la basura. En su nueva vivienda, hay mucho espacio para poner cosas. Pero aborrece las cosas.

En la tarde apacible de la fiesta de la Mercè, Ash enseña a Reportero Jesús el inmueble recién salido de la centrifugadora de la compañía de reformas integrales, en una finca de los años setenta que se conserva bastante bien. Serena se excusa: aprovecha el puente y se ha ido a Londres con las amigas.

Ash.—Esta es la primera habitación, la habitación de invitados [junto a la puerta de entrada]. Aún está a medias, un poco con los trastos de por medio.

Reportero Jesús.—Esta es la decoración [un sofá y ya, sin nada más].

A.—Bueno, es temporal. Esto es un sofá cama, como ves. Aquí tengo que poner una pantalla para ver alguna peli [iría suspendida en la pared abierta].

RJ.—Y estas luces tan guais se llaman...

A.—Bueno, esto luego te lo paso. No sé por qué tiene colores. Lo compré en Le-roy Merlin [*«Ahora que vienen renovado, pon tu hogar a punto»*], una oferta en Black Friday [viernes negro, último viernes de noviembre]

RJ.—Pero ¿qué nombre tendría?

A.—¿Eh? Bueno, una luz led..., tipo RGB, que muestra muchos colores.

RJ.—Perfecto, y esto es el pasillo.

A.—Sí, muy minimalista, sin nada, como muy integral y con mucho sitio para poner cosas, una reforma entera. [Coste: cincuenta mil euros.] Y esta es la cocina, con friega-platos, que nunca había tenido uno.

RJ.—¿Todos estos muebles son de Ikea?

A.—Toda la cocina es cien por cien Ikea.

RJ.—Sigamos.

A.—Sí, el suelo es flotante, parqué sin ser parqué. Aquí el baño pequeño, con una mampara. Y este es el comedor...

RJ.—Y ¿esta puerta?

A.—Es una puerta corredera estilo granja, para darle un toque rústico. Aquí había una puerta abatible y no tenía sentido porque ocupaba mucho espacio, siempre estaba abierta. Ahora hemos puesto puertas correderas en baño, cocina y comedor, porque optimizas más el espacio.

RJ.—¿Todo esto también es Ikea?

A.—No, esto lo ha buscado la empresa, una franquicia con muy buenas reseñas.

RJ.—Y ¿el radiador tan grande?

El radiador va del techo al suelo, como una pared maestra de aletas de aluminio.

A.—Lo mismo, optimizar espacio. El tío nos dijo que para este espacio haría falta un radiador como de cinco metros de largo. Y le dijimos: «Pero ¿qué dices? ¿Cómo vamos a poner esto?».

RJ.—Pero ¿para qué queréis optimizar tanto el espacio si, total, sois dos?

A.—Bueno, también. Ya,

pero, bueno, así queda más integrado.

La mirada pasa por el comedor sin detenerse, como un periscopio que en alta mar se vea desolado, aburrido, sin barcos a los que apuntar los torpedos. Un saloncito de ensueño, amplio y cómodo, que se podría promocionar tal que así: «Ideado para que la familia pueda estar mucho tiempo junta».

RJ.—Y ¿la estantería con los libros dónde está?

A.—No existe, no. Te encontrarás la casa vacía, no hay ningún cuadro ni ninguna estantería. Lo único que colgaremos es la tele.

RJ.—Yo sueño con destroz la tele con un martillo.

A.—Pues aún pondremos una más grande.

RJ.—O sea, que no hay libros.

A.—Acumulan mucho polvo.

RJ.—Y ¿la puerta que da al balcón?

A.—No, mira, es un estor que se llama 'noche y día',

porque puede pasar más luz o menos luz. [Se sube al sofá esquinero y tira de la cadenita de una persiana tipo veneciana, no enrollable, inspiradora según catálogo.] Queremos ponerle un motorcito eléctrico.

RJ.—¿Para optimizar músculos? [Ash se ríe. Reportero Jesús le conoce desde hace más de una década. Se llevan casi 18 años de diferencia: una era en el calendario cósmico de Carl Sagan. Por eso se puede decir que Reportero Jesús pertenece al mundo viejo, analógico, blanco y negro, de cuando «Si no hay Casera, nos vamos».] ¿El sofá también es nuevo?

A.—Sí, el sofá y la mesa provienen de la empresa Mondo Convenienza [*«Un único espacio para el descanso y la diversión»*]. Una especie de Ikea, pero no tan conocido.

RJ.—¿Están por aquí?

A.—En Badalona. De hecho fuimos a Ikea y estaba al lado. Nos dimos una vuelta y mira.

RJ.—O sea, que lo encontraste de casualidad.

A.—De hecho, nuestra idea era comprar todos los muebles en Ikea.

RJ.—Vale, ¿la tele de cuántas pulgadas es?

A.—Pues es pequeña para lo que queremos. Cuarenta y ocho. Queremos una de 75.

RJ.—Y ¿esto cómo se llama?

A.—Un altavoz bluetooth de la marca Beats para escuchar música del móvil, me lo llevo a la cocina y el baño.

Reportero Jesús señala el único retrato enmarcado, un dibujo tipo manga de Ash y Serena: él, con el teléfono móvil en la mano; ella, con la cámara digital Sony colgando del cuello.

RJ.—Y ¿estos sois vosotros?

A.—Los hizo una ilustradora amiga de Serena. Cuelga en Instagram sus dibujos. Los hace con el Ipad.

RJ.—¿Tú qué móvil tienes ahora?

A.—Bueno, ahora el Ipho-

ne 15 Pro, pero porque me lo he cambiado.

RJ.—¿De la marca?

A.—Apple.

RJ.—¿El último?

A.—Sí. No me lo suelo cambiar cada año, tenía el 14 y lo vendí por buen precio.

RJ.—¿Cuántos has tenido?

A.—Todos no. Te lo digo bien: he tenido un Iphone 3, de tercera mano; luego el 4; el 5 me lo compré en Canarias; el 6 me lo robaron; luego el 7, hostia... Del 7 pasé al 11, y del 11 al 13; entonces 13, 14 y 15.

RJ.—¿Cada dos años uno?

A.—Es muy irregular, no te dejes guiar por los números, es muy complejo. Por ejemplo, entre el Iphone 6 y 7 hay uno entremedio. Pero bueno, generalizando mucho: sí, una media de dos años o dos años y medio.

RJ.—¿Cuándo empezaste a tener estos cacharros, a qué edad?

A.—Buah, claro, empezamos con el móvil móvil, los antiguos, que solo eran para

llamar, y esos los tuve desde el 2006 o el 2007, con pocos años. Los smartphones, los que se conectan a internet, empecé a tenerlos en diciembre del 2011.

RJ.—Si naciste en 1992 tendrías... [Ash echa mano del teléfono para calcular: le cuesta sumar 11 más 8.] Diecinueve años tenías. Porque, cuando eras pequeño... Por cierto, ¿qué es ser pequeño?

A.—No sé, ¿siete años?

RJ.—¿Con qué jugabas siendo pequeño? Yo con los clics de Playmobil.

A.—Con la PlayStation y la Game Boy Advance.

RJ.—¿Muñequitos?

A.—¿Eh? No, eso muy lejano, no sé si en la cuna.

RJ.—Seguimos.

A.—Bueno, pues aquí en el comedor está la mesa, que no la utilizamos nunca.

RJ.—¿Hierro?

A.—No, de Mondo Convenienza. No sé el material. Tiene pinta de madera.

RJ.—Y ¿los muebles que había antes en el piso?

A.—Fuera.

RJ.—¿Los habéis regalado?

A.—No, les dijimos a los de la empresa que lo tiraran todo. Bueno, cuando bajábamos cosas los de los carritos nos decían si se lo podían quedar... Mira, si te interesan más cosas tenemos también una nube en el techo, yo lo llamo así. [Una luz que se regula.] Lo encargué así, con la idea de ver la tele con la luz más baja.

RJ.—¿Todo va en función de la tele?

A.—En el comedor, sí. Hablamos de tele, pero es una pantalla. El 99,9% de lo que ahí vemos es de internet. O sea, no vemos la tele en directo, sino a la carta, o bien plataformas de *streaming*.

RJ.—Netflix.

A.—En nuestro caso, Apple TV. Apenas jugamos a videojuegos.

RJ.—¿Por ejemplo?

A.—Hay uno cooperativo muy bueno, el It Takes Two [juego del año en los Games Awards 2021]. Jugamos en la

Xbox, una consola de Microsoft.

RJ.—Mi sobrino tiene aparatos de esos, yo jamás he tocado uno. ¿Tu pareja de qué trabaja?

A.—Hace fotos de productos de orden del hogar para una empresa.

RJ.—¿Qué son productos de «orden del hogar»?

A.—Por ejemplo, una cosa muy particular: una bolsa en la que guardas la ropa, con una aspiradora la comprimes y así la puedes guardar en menos sitio.

RJ.—Para optimizar espacio.

A.—Exacto.

RJ.—Orden del hogar.

A.—Sí, accesorios tipo Ikea, eso, optimizar. Por ejemplo, en la casa antigua, la de antes, había dos enormes armarios empotrados. Yo les dije: «Quiero quitar todos los armarios». Eso es un nido para guardar un montón de cosas.

Pasamos a la habitación de matrimonio.

RJ.—Te quitaste los armarios para no guardar cosas.

A.—Exacto. Para no tener tanto sitio para guardar cosas.

RJ.—¿Qué problema tenemos con las cosas?

A.—Pues que las guardas y se tiran mucho tiempo ahí.

RJ.—Pero son tuyas.

A.—A la hora de la mudanza, he dejado muchas cosas en casa de mi padre.

RJ.—Son tuyas, tendrán un valor.

A.—Lo tienen, lo tienen. Es mi lucha interna. He sido de guardarlo todo mucho.

RJ.—Para ti ¿un problema qué podría ser?

A.—Ahhh. Mira, una camiseta a la que le tengo mucho cariño, como esta. [Muestra una camiseta con un motivo pop, sin lema alguno, y deshilachada, agujereada.] Ya está un poco desto [sic] y no la quiero tirar.

RJ.—Si te la sigues poniendo, es ropa.

A.—Sí, claro, yo qué sé. Por ejemplo, el recuerdo de una entrada.

RJ.—Eso no ocupa espacio.

A.—Uno no, pero si guardas todos los tiques, es mucho. He llegado a guardar muchas cosas. De cuando fuimos a Cantabria, un prospecto o no sé qué.

RJ.—Siguen siendo pocas cosas. ¿Algo grande? ¿Una bicicleta?

A.—No, a eso no le tengo apego emocional. Yo me he desprendido de todo. Excepto de lo que aún tengo en la habitación de casa de mi padre. No son cosas voluminosas, son cositas. Eso, tiques de tren... Y en algún momento me tendré que deshacer de todo.

RJ.—Vaya. En fin. ¿Este es el libro que estás leyendo, casi el único libro de la casa?

Sobre una balda que hace de mesita de noche, un libro: *El valor de la atención. Por qué nos la robaron y cómo recuperarla*, de Johann Hari.

A.—Lo estoy intentando leer.

RJ.—El libro tiene razón,

cuesta concentrarse. [Curioso.] ¿Ella qué lee?

A.—No lo sé, ni idea.

Sobre la balda del lado, de su pareja, junto a la ventana, el libro *El lenguaje del alma. El arte de escuchar la vida y alinearse con ella*, de Josep Soler.

RJ.—Y ¿esto?

Miran al techo.

A.—Un ventilador de aspas con luz integrada.

Ash agarra el mando a distancia y gradúa la luz, más o menos.

RJ.—¿Cuántos mandos a distancia tienes en la casa?

A.—No te creas: este de la habitación, el de la tele, dos de aires acondicionados, el de la consola... Y quiero poner uno en la estora de noche y día.

RJ.—¿La decoración de aquí será así?

No hay cuadros, no hay recuerdos, no hay tapetes.

A.—En esta pared queremos colgar una tele. Insisto, no para ver la tele, sino para pelis y demás.

RJ.—Ya.

A.—No sé si te has fijado, pero no hay mesita de noche; es una balda.

RJ.—Como no tenéis cosas, ¿para qué?

A.—No son necesarias, solo poner el móvil y las llaves.

RJ.—Bueno, y de tanto en tanto un libro.

A.—Aquí tengo otros libros.

En el armario, arriba, tres libros: uno técnico sobre lenguaje visual; *La buena suerte. Claves de la prosperidad*, de Álex Rovira, y *Muchas vidas, muchos maestros*, de Brian Weiss.

RJ.—Todas las cosas de allá arriba, en el armario, son cajas de Apple.

A.—Sí, y de Microsoft. Sí, tengo muchas cajas, casi colección.

RJ.—Porque se han de guardar un tiempo, ¿no?

A.—No, no por eso, sino porque me hacen gracia. La cosa es que los nuevos productos de las marcas están muy

bien empaquetados. La caja de la consola tiene muy buena presentación, por ejemplo.

RJ.—Cajas vacías.

A.—Sí, no hay nada dentro.

RJ.—¿Qué ha ocurrido en tu vida para que no quieras tener nada?

A.—Eso, no acumular. Es que he llegado a acumular. Y lo que he hecho es: a lo que le tengo cariño, le hago una fotografía con el móvil y lo tiro. Es un proceso lento que estoy haciendo.

RJ.—Y esa foto la conservas en algún sitio.

A.—En un disco duro en el que tengo cincuenta mil cosas no físicas, sin ocupar.

RJ.—¿Cómo lo clasificas?

A.—Por fecha.

RJ.—¿Y cómo lo buscas luego?

A.—Por el texto. No hago carpetas con subcarpetas. El ordenador reconoce lo que hay en la foto y le pone texto. Por ejemplo: si hay un caballo, en la foto pondrá «caballo», y una fecha.

RJ.—¿Si no reconoce lo que hay en la foto? Si es un Gusiluz... ¿A que no sabes lo que es? [No sabe.] Un muñeco que se encendía cuando lo abrazabas.

A.—Entonces le pondría una fecha. En mi móvil tengo unas veinte mil fotos y para buscar lo hago por texto. A mí me llegan las facturas, les hago la foto y las rompo.

RJ.—...

A.—Pues eso, no he dejado armarios empotrados.

RJ.—Vale, sigamos.

A.—Este es el segundo lavabo. La casa podría ser más tecnológica, tengo un amigo con un inodoro como el de los japoneses, con chorritos de agua accionados por control remoto y eso...

RJ.—Y la factura de la obra, ¿dónde la metes?

A.—Con una foto, en la nube. La factura la firmé con el pen de la *tablet*.

RJ.—¿Qué es la nube?

A.—Un disco duro que está en todas las partes y en ninguna parte a la vez.

RJ.—Es Dios.

A.—Jajaja. Podría ser. A la nube accedes desde cualquier parte del mundo y desde cualquier dispositivo. Y ahí tengo documentos y eso, por comodidad. Yo ahí puedo coger lo que quiera ya sea en el móvil y la *tablet*.

RJ.—Entonces, no necesitas disco duro.

A.—Sí, porque todas las fotos de toda mi vida no las tengo ahí, porque si no sería muy caro. Ahí alquilo espacio como si fuese un trastero. Ahora pago 2,99 euros por mes, en iCloud, de Apple.

RJ.—Yo necesito los documentos físicos, me da mayor seguridad. Es que un día la nube se desnubará y desaparecerá todo.

A.—Piensa que las empresas privadas están mejor preparadas que las públicas en este sentido. La nube está duplicada y triplicada. Yo no me siento inseguro.

RJ.—¿Cuántas fotos tienes en total?

A.—De mi vida, buf. ¿Cua-

trocientas mil fotos? Pero desde que tengo móvil... Unas treinta mil por año o más.

RJ.—¿Por las noches no haces limpieza?

A.—Hago revisión, pero no para borrar, porque no ocupan espacio, no ocupan mucho espacio. Yo busco luego por fecha o por indexación. Lo que te decía: digo «caballo» y me busca caballos.

RJ.—Y ¿esta es la última habitación?

A.—Sí, el estudio, con el ordenador y un monitor externo para editar fotografía y vídeo. Yo pondré aquí otra tabla y otro ordenador. Y aquí un armario de la casa anterior [de su casa antes de la reforma]. Y aquí el cuadro que hice yo con un dron en Monument Valley, en Arizona. Lo tengo que colgar aún. [El cuadro, el único cuadro, en el suelo.]

RJ.—Pregunta personal: ¿os vais a casar?

A.—Soy mucho de dejarse llevar. Estamos juntos desde octubre del 2016. Decidimos

irnos a vivir juntos hace un año o así.

RJ.—¿Qué es el hogar para ti?

A.—También estás hablando con una persona que ha danzado mucho: yo viví aquí cuando era pequeño, y cuando mi padre se hizo la casa en el campo, allá por el 2006, me fui con él, y esto lo alquilamos. Luego me fui al distrito de Les Corts y luego volví aquí con mi prima, y luego me fui a la plaza de Lesseps con unos compañeros del ciclo superior. Y luego volví aquí. ¿Hogar? Un sitio en el que estás a salvo y a gusto.

RJ.—¿Es un lugar para construir una familia o donde estás de paso?

A.—Lo primero.

RJ.—¿Tú te ves dentro de treinta años aquí?

A.—No soy tan nómada, voy al día, y podría ser que sí. Aun así, me lo plantearía.

RJ.—¿La compra la haces por internet?

A.—No, porque tengo un Mercadona enfrente. Com-

praremos un carrito de la compra.

RJ.—Ocupará espacio.

A.—Es práctico.

RJ.—Si pones alguna estantería en el comedor y no hay libros, ¿qué pondrás?

A.—Alguna fotografía nuestra y alguna planta.

RJ.—¿Alguna vez has leído a Han Byung-Chul?

A.—No tengo ni idea de quién me hablas.

RJ.—Un filósofo coreano que escribió el *bestseller* *La sociedad del cansancio*.

A.—No sé, no me suena.

RJ.—El creador del concepto «estar quemado».

A.—Ahora sí.

RJ.—Eres sociable, ¿salís con los amigos?

A.—Quedamos en casas, para comidas. Y salimos con la moto o con el coche, vamos a la montaña o por ahí.

RJ.—¿Cómo usáis esta casa?

A.—Ayer lo decíamos, que estamos poco en casa disfrutándola. Cuando venimos, cenamos, nos ponemos la serie

The Morning Show, sobre un programa matinal en televisión, y vamos a dormir.

RJ.—¿Para qué utilizas el móvil?

A.—Solo llamo a mi padre. Tengo la extensión del móvil en la muñeca también. Yo con el móvil lo hago todo: para mí es todo, cámara de fotos, cámara de vídeo, *tablet*, ordenador... Yo me gasto mucho en el móvil porque lo es todo para mí. Y lo tengo todo sincronizado. Uso mucho la aplicación notas.

RJ.—¿La lista de la compra, por ejemplo?

A.—Exacto. Verás que aquí no hay libretitas ni bolígrafos.

RJ.—¿Le pones horarios al móvil?

A.—Está 24 horas. Tengo un modo predefinido: al móvil le digo en qué horas me voy a dormir y entonces cuando se acerca la hora, se oscurece la pantalla y esconde las notificaciones.

RJ.—¿Podrías dejar el móvil aquí e irte con los amigos?

A.—El móvil va conmigo, es imposible que no me lo lleve. Esto te permite vivir al día e improvisar. Comparto mucho la ubicación cuando quedo porque así ven a qué hora llego exactamente al sitio.

RJ.—¿Esto es lo más cercano a la casa que habías imaginado?

A.—Sí, aquí nos hemos gastado mucho dinero.

RJ.—¿Las cosas que acumulabas te llegaban a agobiar?

A.—A veces me hago una pregunta: ¿y si me muero?

RJ.—Bueno, todo es prescindible. Pero te leo lo que dice el filósofo Byung-Chul Han en *No cosas*, su ensayo: «Las cosas son polos de reposo», estabilizan la vida humana. Tiene que ver con mantener la memoria.

A.—Yo, para recordar cosas, como no las tengo a mano, enciendo el ordenador y conecto el disco duro. O bien miro el historial de las cosas subidas en Instagram, los vídeos cortitos, instantá-

neos, que tú puedes seguir viendo, que para mí son una especie de cápsulas que me indican el tiempo pasado.

RJ.—Pongamos que una foto te recuerda a tu familia. Tú no la guardas en papel, sino que la subes a la nube o bien en el disco duro. Ahora tú tienes una aplicación que te dice: «Ojo, tienes una foto, recuérdala». ¿No habría sido más fácil haber dejado la foto original en su sitio, y así la ves siempre?

A.—Para mí no, porque acumulo.

RJ.—¿Y qué? Hans dice: «Solo el tacto físico de las cosas crea vínculos». Que no puede haber interrelación social sin contacto.

A.—Estoy de acuerdo. Yo quedo personalmente. Conozco a gente más joven que se ven vía zoom y eso.

Han: «La mirada construye la confianza original». Y dice: «Los objetos te dan seguridad». Que la ausencia de relaciones conduce a un em-

pobrecimiento del mundo. Y dice: «Solo las repeticiones llegan al corazón». Las repeticiones, las rutinas.

A.—Para mí es un problema muy grave: me es muy difícil seguir unas rutinas, el móvil distrae mucho.

RJ.—Hay que apreciar el tiempo.

A.—Sí, pero es difícil, como te digo, porque los horarios también petan. El otro día hice una compra en Amazon y me llegó al día siguiente por la mañana. Cuando era pequeño los dibujos tenían horarios, y ahora no tengo horario ninguno. Me muevo en 24/7. Como que tu cerebro...

RJ.—Es el capitalismo... Cuando todo es relativo uno ya ni se sindicaliza.

A.—Con internet se ha atomizado todo, se diversifica todo, y por eso es más difícil que todos vayamos a una.

RJ.—Es verdad.

A.—Le regalé a mi padre un álbum de fotos físico y le

imprimí mil fotos. Y fue un rollo porque me tiré tres meses escogiendo.

RJ.—Una vez una archivera me dijo que las fotos de una vida son cinco solo.

A.—Porque antes no había abundancia de nada y por eso le dedicabas más tiempo. Como yo no tengo muy buena memoria, uso las fotos como diario personal. Esos detalles me sitúan. Yo qué sé. La primera multa de radar que nos llegó a casa, hizo que nos preguntáramos mi padre y yo: «¿Quién ha sido?». Entonces yo busqué en el móvil ese día y supe qué hice. Por eso también hago tantas fotos. Son inmediatas y mediante ellas hilo mi día a día.

RJ.—¿Hacia dónde va el futuro?

A.—La inteligencia artificial va a ser revolucionaria: quitará puestos de trabajo, pero facilitará la vida. Habrá más herramientas para alcanzar un objetivo. Y todo será más frenético. Una sociedad ultracomunicada entre sí, y

atomizada, nada unida. Una sociedad muy diversa, muy fragmentada y muy individualista. En un futuro puede que no seamos propietarios de nada, será todo por suscripción.

RJ.—¿Qué es una no casa para ti?

A.—Una casa que no es tuya.

RJ.—A ti no te podrán llegar a desahuciar porque no te podrán quitar nada, porque no tienes nada, porque todo está en la nube.

A.—Entonces yo tengo razón.

RJ.—Sí, pero sigue siendo una casa sin recuerdos.

A.—Si hubiera un incendio me llevaría mi disco duro, que es toda mi vida. Sí que es una ventaja. Si yo soy mis recuerdos, todo lo tengo en una cajita compacta.

RJ.—Lo que pierdes es enraizamiento.

A.—Es malo y bueno, no te haces de ningún lado nunca y no echas raíces ni haces relaciones duraderas, y de la

misma manera no te importa dejar un sitio y largarte a otro, eres como un satélite.

RJ.—¿Tú notas esa sociedad atomizada?

A.—Sí, y los nacidos en el 2000 y en adelante es peor. Tengo unos conocidos que viven en una furgoneta, porque ellos quieren. No tienen nada, solo la furgó.

RJ.—¿Qué es un desahucio?

A.—Quitarte parte de tu ser, de tu alma.

RJ.—El filósofo coreano te dice que la sociedad del cansancio puede hacer que te dé un infarto del alma.

A.—Al no tener un hogar no luchas por una causa propia: te importan un bledo las acciones por las superilles [supermanzanas, espacio urbano, urbanismo táctico], las manifestaciones y los problemas del vecino...

RJ.—¿El disco duro dónde lo has puesto?

A.—Es un secreto. Y tengo una copia también en casa de mi padre, por lo que pudiera ocurrir.

RJ.—¿Cuando vuelves a casa de tu padre, sientes nostalgia?

A.—Un poquito.

RJ.—¿Cómo será la sociedad del futuro?

A.—La sociedad del futuro será una sociedad desarraigada. Hoy en día, tus raíces son móviles. Lo que te digo: toda tu vida cabe en un disco duro. Todo concentrado ahí. Literal.

Toda la vida cabe en una caja de zapatos.

Tres semanas después de enviarle un correo para acabar de afinar con el texto, Ash Ketchum, la pareja de Serena, responde:

· Tipo de luz led de la habitación de invitado:

No lo he conseguido encontrar, pero es una luz led RGB regulable en intensidad y color con mando a distancia

· Muebles de cocina son de la línea...

He buscado la factura de la cocina y la verdad que no es una línea concreta, hay muchísimos muebles distintos con infinidad de nombres suecos.

· *¿De qué material es la mesa del comedor?*

Wood: Mesa extensible con patas de sección piramidal y tablero que pasa de 160 a 240 cm de largo gracias a un sistema automático de deslizamiento. | 6X8Q. Medidas: 160 x 90 x 75 cm

· *Nombre de armarios:*

Armario PAX con puertas correderas

· *Número de fotos que tienes:*

En total, posiblemente unas trescientas mil...

· *¿Qué plantas son las que tienes?*

Dos plantas de albahaca en la terraza. En interior, sansevieria y *Peperomia polybotrya*.

· *Aplicaciones más usadas en el móvil:*

- X: para informarme de lo que pasa en el mundo

- Instagram: para saber qué hacen mis amigos y mis conocidos

- Cámara: para hacer fotos

- WhatsApp: para comunicarme

- Safari: para navegar por internet

- Música: para escuchar música





NO HOME

DESAHUCIOS
Y OTRAS CRISIS HABITACIONALES

AMINA TAYIBI

LOS PAPELES PERDIDOS

«Traía un aire de inmensa fatiga.»

Uno de los personajes de *Miguel Strogoff*, la novela épica de Julio Verne, arrastra los pies tras haber realizado «un largo y penoso camino».

En *Miguel Strogoff*, el protagonista cruza la Rusia blanca y la Siberia tártara.

En el caso que aquí atendemos, la protagonista no ha salido de casa.

Amina Tayibi (Tetuán, Marruecos, 1981) también ha hecho un largo y penoso camino.

Ha sobrevivido a varios «lanzamientos», quizá media docena, ya ha perdido la cuenta. Del último, en el 2021, que se paró, apenas recuerda algo; se desmayó.

Amina se prepara para afrontar su último desahu-

cio, la «ejecución hipotecaria 44/2012-1A».

El martes 6 de febrero, a las 9 h, una treintena de mossos d'esquadra de la Brigada Mòbil ejecutará sentencia. Si no abre la puerta del semisótano del número 33 de la calle de Pedraforca, en Ciutat Meridiana, reventarán la puerta negra frente al ramal de planchas trepadoras.

Cansada, quejumbrosa, alirrota, se seca las lágrimas, lenitivo para soportar mejor la espera.

«Me habéis pillado llorando un poquito», se sincerará.

Embutida en una bata de tejido polar, se desploma en el juego de estar de sofá árabe tapizado con hilo de plata.

Se levanta. Se despeja. Saca la carpeta oscura de cartón con gomas en la que se agol-

pan los papeles: duplicados, originales, certificados...

Se sienta. Su hija, Manal (2005), le acaricia la espalda, le tiende las manos que, por un momento, sueltan el teléfono móvil. Amina también tiene un hijo, Achraf (2007), con problemas de salud y con ganas de salir con los amigos.

«Ellos lo han pasado mal, pobrecitos hijitos míos. A veces están mal, a veces están bien...»

Estado de su wasap: «Que Dios me bendiga y que me cuide a mis niños». Corazoncito rosa y manos juntas, en actitud de rezo.

Se levanta.

Ofrece té de menta.

Trae crusanos rellenos de chocolate.

El reloj de la pared se paró a las ocho.

«Yo quiero estar en mi casa, cada año he pintado este techo, y mi hermano me ha ayudado a arreglar las humedades de la pared por donde discurre la canalización de las tuberías.»

El gato, *Sultán*, se ha escapado por la ventana de la cocina.

El camino de Amina, espinoso, no ha estado exento de peligros: la trajo de Marruecos su prima, y en Ciutat Meridiana se acabó instalando su familia, sus padres y buena parte de sus siete hermanos; sufrió vejaciones, maltratos y abusos; durante tres años recargó las pilas en el Centre Residencial d'Acció Educativa Vilana; trabajó de «camarera de hotel»; limpió casas, se casó y se separó; luchó para mantener a los niños, hasta que, en el 2013, entró de alquiler en Pedraforca, 33. Pagaba 350 euros mensuales a un tal señor Iván...

«Cada uno en su propio nombre y derecho, se reconocen mutuamente capacidad suficiente para el otorgamiento del presente contrato de arrendamiento...»

El tal Iván dejó de pagar al banco por el piso. El banco le

reclamó. Y el propietario acabó cargando contra el eslabón más débil, el recién llegado.

Amina no sabe por cuántas manos legales ha pasado su casa, incontables manos con dedos alargados, murciélagos.

Primero estuvo en la cartera de «activos inmobiliarios» del Banco Santander («una mañana se presentaron aquí los del banco y me dijeron que me tenía que ir del piso»).

Después, del Banco Bilbao Vizcaya Argentaria, la «parte demandante».

Después, de la entidad Hipocat 17 Fondo Titulización Activos, una especie de fondo para préstamos hipotecarios...

«Un banco se lo pasa a otro...»

Una vez, un notario de quien desconoce procedencia picó a la puerta: «Te damos cuatrocientos euros y dejas la casa».

Los cerrajeros del banco le entraron estando ella fuera, le cambiaron el bombín: «Suerte que mi hermano se había

quedado en mi casa y les pudo echar, salieron corriendo».

La ex del propietario medió. La cosa se lio. El gato, *Sultán*, se volvió a esfumar.

Amina cruza cuatro palabras en árabe con su hija.

El Corán, al lado de la tele.

Ella responde: «Es la vida, lo que ha de tocar me toca».

Se acerca la estufa.

La asistencia social la ayuda, así como el Centre de Serveis Socials de Ciutat Meridiana-Torre Baró-Vallbona: «Desde Serveis Socials trabajamos con la familia para minimizar el impacto que esta situación pueda ocasionar tanto a la propia Amina como a sus hijos».

Ella recalca que accedió al programa Reallotgem, de la Generalitat de Catalunya: «Reallotgem es un programa impulsado por la Agència de l'Habitatge de Catalunya para captar viviendas del mercado privado en condiciones de habitabilidad y así poder ampliar el parque de vivienda social disponible».

Al parecer, le han perdido los papeles. No los encuentran. No se sabe dónde para la minuciosa documentación que entregó.

Decla 1: «Estoy enferma del corazón. Me come la ansiedad. La tensión se me sube. No duermo en toda la noche, con la ansiedad, la ansiedad. Que si Dios mío, Dios mío, Dios mío...».

Decla 2: «No sé qué hacer».

Decla 3: «La culpa la tiene la Generalitat de Catalunya. Si nos piden papeles, nos movemos. Yo corriendo de arriba abajo para tenerlo todo... Y luego nos vemos como cucarachas».

Decla 4: «¿Cómo se dice? Pro-cu-ra-dor».

Decla 5: «Los de Servei de Mediació en Habitatge poco hacen».

Nota: «El Ayuntamiento proporciona servicios de mediación en el alquiler y asesoramiento hipotecario a personas con dificultades económicas que estén en riesgo de perder la vivienda».

Decla 6: «A ellos les da igual, ellos tienen su piso. Tú te quedas en la calle».

Decla 7: «Yo sufro mucho, no duermo, no descanso, mi mente trabaja más que yo, sufro de ansiedad, tengo la tensión por las nubes, la sangre del corazón se me dilata y no me llega a todo el cuerpo, me ahogo... Estoy durmiendo pensando que vendrán, me sacarán... Se pasa mal. Yo estoy cansada de esto».

Decla 8: «Voy a ir a hablar con el director de [Agència del] Habitatge y que me diga qué puedo hacer».

Hace unos días que recibí por correo postal, en el semisótano de Pedraforca, 33, la carta del juzgado de primera instancia número 22 de Barcelona con la «diligencia de ordenación», la orden de desahucio firmada por una letrada de la Administración de Justicia, otro murciélago: «Hago saber a la comisión judicial o al servicio de actos de comunicación que [...] se ha declarado que los ocupantes

no tienen derecho a permanecer en el inmueble indicado».

El 6 de febrero se levanta temprano.

No ha ido a trabajar.

Levanta la barbilla.

Se yergue, orgullosa, ve cómo le apuntan.

Mira al frente.

No cierra los ojos.

Rechaza las vendas.

Desahucio: ejecutado.







T01988

T01764



ANTONIA Y AARON

LA PAREJA Y EL QUE VIENE

«Tomo notas para mi futura novela [...], una comedia pesimista.»

El exiliado bosnio Velibor Čolić desertó del ejército bosnio y se refugió en Francia. A decir verdad, se refugió en la escritura, su amante despechada.

«Un refugiado no habla, sino que vive una lengua», verifica en *El libro de las despedidas*.

La novela de Čolić podría estar protagonizada por una pareja de Montescos-Capuletos más sola que la una.

Antonia (Barcelona, 2004), melocotón en almíbar, y Aaron (Barcelona, 2000), mantequilla derretida. Los apellidos no interesan.

Los dos se conocieron por Instagram, los dos se siguieron porque se gustaron hasta

que físicamente se pusieron cara.

Antonia hace «cosillas», friega escaleras y va a casas para algunos «servicios de estética», maquillaje a domicilio.

Aaron vende ropa interior de hombre en los mercadillos de domingo del área metropolitana.

«Nos queríamos ir a vivir juntos, pero los precios de los pisos están por las nubes.»

Los dos, ya enamoradísimo, ocuparon un piso abandonado, en septiembre del 2022, El Piso en la calle d'Oristà, 5, en el barrio de Vallbona (Nou Barris), vivienda de protección oficial de 1990. Sus antiguos inquilinos, un matrimonio de ancianos, falleció durante el Huracán Covid.

«Los suministros de agua y luz los estamos pagando, y en la comunidad ayudo en todo lo que puedo, y me gustaría un alquiler social», resalta Antonia.

«Queremos vivir como personas normales, civilizadas, pagando como todos», le secunda Aaron.

Los dos se han pasado estos días metiendo en bolsas de basura la ropa de invierno. Y los dos han sacado las mantas porque esta primavera es más gélida que el invierno.

Un funcionario de Correos entregó en mano, a los dos, una carta certificada con la fecha del fin del mundo: que el día 25 de abril tendrían que abandonar el inmueble.

En el remite: Juzgado de primera instancia número 12 de Barcelona.

Su primer desahucio. No el último.

«Picaron a la puerta, cogí la carta. Que nos teníamos que ir, vamos.»

L'Institut Municipal de l'Habitatge i Rehabilitació

de Barcelona solicitaba lo siguiente: «Que se despache ejecución».

Se apoyaban en un montón de artículos de diferentes leyes: 36, 45, 548, 551, 6, 7, 23, 704, etcétera.

El 25 no se personó la fuerza pública. Y ganaron unos días.

Antonia y Aaron ni se han enterado de los cinco días de deliberación que se ha cogido el presidente del Gobierno de España, Pedro Sánchez.

No leen las noticias. Tienen otras preocupaciones.

Después del desahucio «no ejecutado» del día 25 (el 391/2024-H), a ellos les han dado diez días para irse. El plazo vence la semana que viene.

Por eso están desmontando los muebles comprados en Els Encants.

Por eso están volviendo a echar monedas a la hucha que tuvieron que romper porque «había que pagar cosas».

Y por eso suplican a la asistente social y que les apunte en

la lista para un «reajuste de emergencia».

«Pensé: ¿diez días? ¿en serio? Si en diez días no me da tiempo a nada, es que no me da», dice Aaron, desmoralizado. «Dios quiera que nos paren el desahucio.»

«Mira, de momento, de momento, de momento... tengo una conocida que tiene una panadería y los muebles los llevaré allí, porque si no los pierdo», dice Antonia. «Es tal la incertidumbre de que me tenga que ir, de que me

vaya a quedar sin nada, que me angustio...»

Nota al pie de página: Antonia está embarazada de siete meses.

Embarazo de riesgo porque ha tenido ya dos abortos.

Si les echan, han hablado con los vecinos para subirse al cuartillo del terrado y echar allí un colchón. O eso o tener al niño en la calle.

Niño, no. Niña. Enseña la chaquetilla lazo espalda de Prim Baby.

Se llamará Virginia.





BLANCA ESPINOSA

NI DIOS PUDO SALVARLA

Vamos por el quinto desahucio.

El primero primera de la calle de los Boters, 6, en el barrio Gòtic, en el distrito de Ciutat Vella (Barcelona), es objeto de deseo, en medio de un estira-i-arroña sin fin.

Un piso de 80 m² en un edificio de cinco plantas de 1871, finca construida cuando el general Custer aún ni se imaginaba el desastre de Little Bighorn, y cuando Buffalo Bill y Toro Sentado ni se habían visto las caras.

Desde 1969, en los Boters, 6, vive Blanca Espinosa (Barcelona, 1945), vecina de nariz chata, pómulos caídos y mentón retraído, y que no entien-de de estratagemas legales.

«Entré aquí vestida de novia. Aquí tuve a mis dos hijos, Ana María y Cristóbal.»

Ella es beneficiaria de renta antigua: paga 280 euros.

Según la compañía de venta de inmuebles Idealista.com («*Hay chollos, pero tienes que buscarlos*»), las viviendas en este edificio valen entre 186 000 euros y 1 474 000 euros.

El bloque se encuentra en la *zona cero* del comercio exclusivo, entre la plaza de la Catedral y la calle de la Portaferrissa, entre la tienda de ropa deportiva Le Coq Sportif («*Deporvillage*») y la tienda de jabones Sabon («*Nueva colección de Navidad Starlight Bouquet*»).

La casa de Blanca tiene tres balcones que dan a la calle, a un paso de la avenida del Portal de l'Àngel, uno de los ejes comerciales más caros de España.

Supuestamente, se la quieren quitar de encima por 88 euros que debe de una obra en lavabos y cocina, un lío de tuberías antiguas de los años posteriores a la Guerra de Secesión norteamericana, de cuando el presidente Ulysses S. Grant; un jaleo de desagües y humedades del que no tiene culpa, porque afecta a la comunidad.

Desde que en el 2010 la abogada Susana Martínez comprara el inmueble al propietario, un tal Gazcón, Blanca ha pasado por cinco desahucios.

Ha apuntado la lista de los intentos de desalojo: el 26 de noviembre del 2020, el 17 de marzo del 2021, el 13 de diciembre del 2021, uno que no anotó bien y el 22 de noviembre del 2023.

El del 11 de diciembre del 2023, que habría sido el sexto, se ha aplazado.

La propiedad actual quiere que Blanca salga, según ella, para convertir el espacio en pisos turísticos.

Casi diez millones de personas visitaron la ciudad el año pasado.

Ella toma un medicamento para la desazón que le ha recetado el médico, más las cápsulas de Nurofen para aliviar el dolor de cabeza y los comprimidos de Almax para la acidez de estómago.

«Unos nervios que tengo, porque cada vez que hay un desahucio voy buscando pensiones o algo por si me echan, y estoy a base de pastillas, muy fuertes...»

Reportero Jesús.—¿Cómo está?

Blanca Espinosa.—Esperando el problema, a ver. No sabemos cómo va a acabar la cosa. Espero que lo paren, están negociando. No sabemos nada. A ver qué pasa. Yo quiero quedarme aquí. Hace tres años y medio que se murió mi marido, José Cadena, y él llevaba los papeles. Me iba a quedar el piso, que lo pusieron a unos ciento veinte mil euros, pero a mi marido en-

tonces le dio un infarto y pensé: «Y si se muere, ¿qué hago yo sola?». Entonces lo dejé. Entonces mi marido se ganaba bien la vida, era pintor y decorador, hacía de electricidad y hacía de todo, muy mañoso, él ha hecho todas estas cositas [muestra el atillo y un armario]... A mí no me pueden echar hasta que me muera, ¿cómo se llama? ¿eso de infinito? [sic, contrato indefinido]. Perdona, que estoy un poco nerviosa... Y entonces yo pagaba de alquiler ciento y pico, pero cuando esta Susana compró el piso me hizo tratadas y me dio papeles que no tenía que haber firmado. Me hizo firmar un papel conforme si necesitaba el piso se lo tenía que dejar. Se rompió una tubería y no sé qué y tuvieron que arreglarlo y me levantó la cocina y el baño y entonces yo le dije: «Pues aprovecha y me pones unos armarios en la cocina y me subes si eso un poco el alquiler». Entonces yo ahora pago el doble, aunque sigue siendo renta antigua... Yo no

debo nada, está todo pagado, pero aun así me han llevado a juicio, por este lío que no sé de qué viene, porque lo que le ocurría a la cañería no tenía que ver conmigo, sino con la comunidad. Pero aquí todos son turistas, excepto la vecina de 90 años de arriba de todo. Todo turistas, y yo no tengo nada contra ellos, que son muy buenas personas. La chica de arriba siempre que me ve bajar con el carro, me dice: «Ya se lo bajo yo», y mira que son extranjeros y a veces ni les entiendo y ni ellos me entienden a mí, y me quieren ayudar. [En el portón, el aviso de la presidenta de la escalera: «*The rubbish's bag to get out next to principal door in the Street after nine o'clock in the night*».] A veces voy a comprar al mercado de Santa Catalina, y otras a la Boqueria. Y mi marido le pidió la factura de estas obras que hicieron aquí, pero nunca nos dio esta Susana la factura, y claro. Yo nunca he dejado de pagar el alquiler. Entonces mi marido

dijo: «Si no me arreglas bien estas obras, que mira cómo nos han dejado la cocina, yo no te pago estas obras...». ¿Y qué ocurrió? Que se murió mi marido y ha sido todo un desastre... Mi marido murió en mayo del 2020. Siempre decía que cuando se muriera le echáramos las cenizas al mar, le gustaba pescar... Las cenizas las tengo aquí conmigo, en casa, en la habitación, y también las de mi madre, Petra, también, que hace tres años que falleció; hace poco tiempo de eso y las quiero tener más tiempo conmigo. Mi padre se llamaba Ildefonso. Esta mujer [la tal Susana], es que lo tengo todo apuntado porque lo apuntaba mi marido, decía que le debíamos dinero y que si no pagaba y que si no pagaba... Pero yo lo he pagado todo, lo he pagado. Cuando se murió mi marido lo pasé muy mal, ansiedad, que no me la quito, me cuidaban las monjitas del corredo, de aquí cerca [Fraternitat de la Comunitat del Corder,

en calle de la Lleona, 9], y las asistentes del SIFO [sic, SIPHO, Servei d'Intervenció en situacions de Pèrdua de l'Habitatge i Ocupacions] me dicen que no me pueden echar hasta que no me den un piso... Ellas son como policías, llevan chaleco y todo. La de la oficina me decía, hace tiempo, que me quedara el piso, pero pasó lo que pasó con mi marido y al final no hice nada...Y bueno, yo estoy contenta con el barrio, aunque esto en navidades se pone de gente que no se puede ni pasar. Y hace tiempo nos pusieron el ascensor, pero una chapuza, porque no para en mi rellano, yo tengo ya casi ochenta años, y mi vecina de entonces, la señora Juana, los quería denunciar, pero ya no está ella, y a mi marido le dio entonces el infarto, y tampoco está, y esto no puede ser, yo qué sé. Cuando estaba mi marido él subía y bajaba el carro de la compra, pero ahora yo me agarro a la barandilla y voy haciendo...

RJ.—Estaremos encima del caso...

B. E.—Tengo bendecida la casa. Cuando me casé, vino el párroco a visitarme y la bendijo. Rezo mucho. Voy a la Catedral [Pla de la Seu, s/n] y a Belén [iglesia Mare de Déu de Betlem, en la calle del Carme, 2] y al Pino [basílica Santa Maria del Pi, en la plaza del Pi, 7], y a la capilla de la Arxiconfraria de la Puríssima Sang. Siempre voy a los servicios de las once de la mañana o de las siete de la tarde, aunque ahora pasan cosas raras, cobran por entrar... Le dije al cura lo que me pasaba, y a la sacristana que arregla los altares, y me hizo un oficio para mí. Y todo el mundo se enteró.

A la vecina del Gòtic Blanca Espinosa, de los Boters, 6, junto a la milla de oro comercial de Barcelona, la protegen tallas, imágenes santas y todo tipo de arte religioso...

La estampita del Santo Cristo de Lepanto;

una talla del Cristo Redentor;

el medallón del Sagrado Corazón de Jesús con esta leyenda: «Dios bendiga cada rincón de esta casa»;

los apóstoles sentados en la Última Cena;

velas encendidas como en un lampadario;

un rosario;

un crucifijo de madera;

el devocionario de San Antonio de Padua;

una impresión del patrón de los imposibles, san Judas Tadeo;

el cuadro de la Verge de Montserrat;

«maravillosas» imágenes religiosas para hacer punto de cruz;

un marco ovalado con la Virgen;

una tarjeta de oración dedicada a san José;

una cerámica ofrendada a la Virgen del Rosario («Verge Santa del Roser feu que en aquesta casa no hi hagi poc ni massa, sols lo just per viure bé»);

un escapulario;
un ángel de la guarda;
un belén de doce meses con
sus cagatió

y un Maneki-Neko, el gato
de la buena suerte japonés
que mueve la patita.
Y Shin-chan.





CAMILLO BIAGIONI

LA LOCURA

«A mí lo que me ha vuelto verdaderamente loco ha sido esta situación, esta situación desesperante, devastadora.»

Más cita del novelista Rick Yancey (*La última estrella*): «Locura, la nueva normalidad social».

En el argot, existen varias expresiones para dar cuenta de la enajenación:

Que te patine la mandarina,

que se te vaya la castaña,
ido de la chota.

Así se siente Camillo Biagioni (Perugia, Italia, 1972), reparador de cosas, y entre esas cosas, las bicis.

«Por las mañanas me tomo tres pastillas de Lorazepam y por la tarde, dos de Diazepam. Todo esto me ha afectado demasiado», dice Camillo, máquina hidráulica, por

los movimientos de brazos; aturdido y lo que en catalán designa el verbo *desgavellar*: atrotinar, descabestrat, cap boig. Boig.

Que se te vaya la chaveta.

Barcelonés desde el 2007, la situación aterradora que ha vivido Camillo tiene que ver con el acoso inmobiliario. Y con la mala suerte. Y es la siguiente:

Después de pasar por varios domicilios (en los distritos de Ciutat Vella y Sant Martí de Barcelona y en L'Hospitalet de Llobregat), se asentó en el primer piso del número 139 de la calle del Hospital, en la ciudad condal. Piso de alquiler de unos ochenta metros cuadrados que compartía con otros dos inquilinos.

Ahí empezaron los problemas.

«Firmé el contrato el 28 de marzo del 2008 con el propietario del piso, que también lo es de todo el bloque: la empresa Barobra, S. L., detrás de la cual se encuentra el cónsul honorario de Bangladesh, Ramon Pedró Bernaus.»

Por arte de metonimia, se puede decir que Ramon Pedró posee el edificio de cinco plantas de 1850 de la calle del Hospital, 139.

Camilo ha confeccionado un mapa de flechas con las firmas del supuesto «entramado familiar Pedró».

«Al principio me dijo de pagar 900 euros mensuales, cuando el precio en aquel entonces era de unos cuatrocientos euros.»

Camilo Biagioni utiliza este enunciado para describir la situación: «Naturaleza especulativa».

Según Camilo, el piso necesitaba reformas, «por los daños en las zonas comunes».

Por ejemplo, filtraciones que él denomina «cascadas».

Camilo se iba ganando la vida en trabajillos diversos. La convivencia con los otros dos inquilinos acabó fatal, como el rosario de la aurora.

En el 2018, diez años después de la firma del contrato —se iba renovando periódicamente—, el Ajuntament de Barcelona abrió expediente a Barobra-Bernaus por falta de mantenimiento.

«En los bajos vivían pakistaníes en condiciones infrahumanas, y yo lo he ido denunciando en el Ajuntament. Al final, me dieron la razón y lo declararon infravivienda, no tenía ni cédula de habitabilidad», declara.

En el 2018 se quedó sin contrato. Apareció un nuevo personaje, Luis Muelas Mayor, *chief executive officer* en Carpe Diem Trafalgar, S. L.; Brick Deals, S. L. y Omega House, S. L.

Luis Muelas administraría a partir de entonces el paquete de viviendas del bloque en cuestión de la calle del Hospital, aunque la propiedad nun-

ca dejaría de ser de Barobra-Bernaus.

«En uno de los pisos metió a unos auténticos matones que hicieron la vida imposible al vecindario: gritos, basura en las escaleras, meados... y agresiones físicas», repasa, nervioso, agitado, con sueño atrasado. «Yo se lo iba comunicando a Luis Muelas, pero entonces, en marzo del 2021, dejó de contestarme y perdí el contacto con él... Yo dejé de pagar hasta que...»

Hasta que ocurrió una desgracia mayor.

En abril del 2023, Barobra-Bernaus le hizo llegar una demanda por la que se le pedían unos veinte mil euros en concepto de pagos atrasados y gastos derivados por ello. Le embargaron la cuenta bancaria.

Y el 28 de septiembre de ese mismo año del 2023, le desahuciaron.

Camilo ya estaba destrozado mentalmente, con los síntomas propios del trastorno de estrés postraumático:

reviviscencias, sueños perturbadores y sufrimiento emocional grave.

Recuerdo recurrente:

«Yo me enfrentaba a los muros burocráticos. En teoría, el Ajuntament mediaba, pero no medió nada, solo hacía de portavoz de la propiedad... Recuerdo perfectamente aquello. El día antes me avisaron. Eran las cuatro de la tarde del 27 de septiembre [del 2023] y me llamó Eloi, del Servei de prevenció, intervenció i mediació en habitatges públics, para decirme que se me había incluido en la lista de desahucios del día siguiente... No dormí en toda la noche, fui bajando mis cosas a un local de la calle d'en Roig. Alquilé veinte metros cuadrados por unos trescientos euros mensuales, allí dormía sobre un colchón, sin lavabo... El día del desahucio me dio una crisis nerviosa, vino la ambulancia, de un cabezazo rompí uno de los vidrios».

A todo esto se quedó en paro.

El tiempo lo dedicaba a ir a las asambleas del Sindicat de Llogaters y del Sindicat d'Habitatge del Raval.

Tramitó la Renda garantida de ciutadania (*«Garantizar que todos los ciudadanos de Cataluña puedan hacerse cargo de los gastos esenciales para el propio mantenimiento o de las personas que integran la unidad familiar o de convivencia»*).

Tramitó el Ingreso Mínimo Vital (*«Prestación dirigida a prevenir el riesgo de pobreza y exclusión social de las personas que viven solas o están integradas en una unidad de convivencia y carecen de recursos económicos básicos para cubrir sus necesidades básicas»*).

En mayo del 2024, el Ajuntament ofreció a Camillo un *loft* en la calle d'en Robador, 25, piso de protección oficial del Institut Municipal de l'Habitatge i Rehabilitació de Barcelona.

Paga 90 euros mensuales. Contrato social de siete años. «Por fin estoy bien.»

Sus pertenencias aún se apilan en cajas de fruta de Mercabarna, a falta de maletas.

Recuperándose.

Se desgañita: «Yo quería ser geólogo y no pude acabar la carrera porque todo esto me ha quitado la vida»; «me han ninguneado»; «han archivado las quejas, les han dado carpe-tazo»...

Las artistas conceptuales Wayra Ficapal y Alba Sabaté le fotografiaron para el proyecto fotoperiodístico #ProuEspeculació.

Dice: «Yo me fui de [antiguo presidente del Consejo de Ministros de la República Italiana Silvio] Berlusconi y me vine a Barcelona».

El empresario Silvio Berlusconi gobernó Italia del 2008 al 2011.

En Barcelona, lejos de las postales turísticas, tuvo que visitar otros lugares que no eran el Park Güell: el Centre d'Urgències i Emergències Socials de Barcelona.

Y recurrir al Servei d'Orientació Jurídica.

«Me estoy planteando poner un recurso contra el Ajuntament por lo mal que lo ha hecho.»

Al barcelonés Camillo Biagi-
gioni le han vuelto loco.

«Estoy yendo a un
psiquiatra.»





PEPI PONS

EL BARRIO QUE DESAPARECE

«Aquí nos llevamos todos bien», coinciden.

En el artículo «El hogar», publicado en la revista local *La Marina*, en julio del 2023, tres generaciones de una misma familia ponían en valor el sentido de comunidad. Mercedes Centelles coincidía con su hija y su nieta: «Todos nos llevamos bien».

Medio año después, las relaciones vecinales se han enfriado.

Hablamos de la barcelonesa colonia Bausili, el reducto obrero de la antigua fábrica de tejidos José Brugarolas y Compañía S. en C. (sociedad en comandita), que hace mil años se publicitaba así: «Mercerisage [tratamiento para el hilo] · blanqueo · tinte y estampación · artículos finos · satenes China · especialidad

en piqués [tela de algodón] · fábrica en Sants y carretera de Port · tejidos de alta fantasía en algodón, lana o seda».

Paralela a la calle de la Mare de Déu de Port, la antigua carretera de Port, la colonia Bausili se construyó en 1928, viviendas familiares para los operarios de la fábrica del prado de indianas fundada en 1905.

En esta calle de unos cincuenta metros de largaria coexistían una veintena de viviendas de dos plantas, numeradas del 1 al 12. Actualmente, solo queda media docena de vecinos; el resto de fincas, tapiadas, con ladrillos o con puertas metálicas anti-okupa, «puertas de acero con un sólido grosor».

«Cada uno ha ido a la suya», lanza Josefa *Pepi* Pons (Barce-

lona, 1957), que se abriga con el albornoz, recién operada. «Yo tengo renta antigua, pago 220 euros.»

Desde 1984 reside con su marido en el 6 bajos, casa de unos sesenta metros cuadrados más los 12 metros del patio.

«Nos la hemos reformado enterita, enterita. Hicimos una casa nueva, me gasté todo en ella.»

Su marido, Ángel, la segunda:

«Yo guardo todos los recibos del banco».

En el 2016, la inmobiliaria suiza Global Blue Center compró el terreno. Los sobrinos del antiguo propietario, Andreu Bausili, vendieron las fincas dejando a los inquilinos a la buena de Dios.

A Global Blue Center cuesta localizarle. Los *fondos buitres* se caracterizan por sobrevolar las presas sin dejarse ver.

«Cada uno ha ido a la suya y ha ido arreglándose con la propiedad: ahora aquí quedamos, además de una

servidora, Isabel, en el 2 bajos; Martín, en el 8 bajos; Paquita, en el 10 primero; Juan, en el 11 bajos, y poco más», cuenta con los dedos de una mano. «Estamos en juicios. Tuvimos uno, que gané, pero ellos revocaron [se refiere a Global...]. Y ahora tenemos otro juicio. A mí me ofrecieron un piso, por mediación de mi abogado, porque yo no hablo con ellos. Pero claro, a los diez años tenía que dejarlo vacío.»

Este reportero pregunta, con el fin de concretar las acciones futuras:

—Ahora ¿en qué punto estamos?

—Pues el punto es que hace tres meses me operaron a corazón abierto, me sacaron sangre de todos los sitios, y estoy que no vivo. Aquí a más de uno le ha dado un ictus. Presionan, presionan, presionan y nos están haciendo pasar mucho. Y cada uno a la suya. —Calla, respira, decepcionada. Retoma la conversación—. Aquí harán servicios.

El Ajuntament de Barcelona le ha cedido terrenos al *fondo buitre* y le habrá dicho a la propiedad: «Tú quítame esos bichos». Vamos, seguro.

«Divide y vencerás», reflexiona este reportero.

Según la propiedad, ocurrió de otra forma: en la modificación del Pla General Metropolità del 2006 la Colonia Bausili no quedaba protegida, estas casas no tenían valor patrimonial.

«En los diez mil metros cuadrados afectados del solar, tres mil corresponden al Ajuntament, para que los transformara en equipamientos; el resto de metros cuadrados, para promociones inmobiliarias. Nosotros entregamos libre y sin vecinos la colonia, porque esta es la voluntad del consistorio. A los vecinos se les reubica», afirman fuentes

de la propiedad, Global Blue Center.

Es una realidad la descomposición de la clase obrera, tan estudiada por los sociólogos y urbanitas.

«Aquí iba a ver una unión de muerte, cariño, una unión de muerte entre todos los vecinos. Y luego cada uno ha ido a lo suyo. ¿Vale? Todos decían: “Sí, vamos a una”. Mentira, mentira, mentira. Cada uno se ha espabilado como... Y aquí nadie dice nada del acuerdo al que ha llegado con la propiedad.»

Un pensamiento estúpido:

—Pero ustedes llevan toda la vida viviendo juntos...

Pepi suspira.

Su marido no se contiene:

—Pero ¿tú sabes cómo es la vida? Éramos una familia, 22 familias. Pero ¿tú sabes cómo es la vida?



ISI Y ELENA

PELEONAS

Este refugio, no censado, se preserva actualmente bajo las viviendas del número 15 de la calle de Tapioles. Con poco más de tres metros de profundidad, está construido a partir de la técnica de bóveda catalana. Este refugio pertenecía al complejo de la parroquia de Santa Madrona, y especialmente a su centro social, bajo el que se ubicaba. Durante la guerra, la parroquia quedó en manos del Sindicato Unificado de la Madera, que en los locales del centro social estableció un colegio del Consell de l'Escola Nova Unificada.

La volta catalana que corona el refugio de Tapioles, 15, en Poble Sec, es la misma volta catalana que el arquitecto valenciano Rafael Guastavino se llevó a Nueva

York y con la que construyó la Grand Central Terminal, el Carnegie Hall y el American Museum of Natural History. Así que estos iconos de Manhattan podrían ser considerados como extrapolaciones de los refugios antiaéreos de Barcelona.

Una de sus descubridoras, la vecina del cuarto Isi (prefiere no dar ni su apellido ni el año ni el lugar de nacimiento), también es educadora.

Casi cien años después de que en Tapioles, 15, se erigiera una «escola nova» —enseñanza laica que seguía los preceptos del método Montessori—, una «maestra de maestros», como a ella le gusta llamarse, reside en el nuevo edificio, que data de 1945.

«Tengo que escribir al Instituto Internacional de

Historia Social de Ámsterdam para ver si encuentro los planos...», proyecta Isi, propositiva.

A las cinco de la tarde de un día de invierno, antes de que el sol descienda y llegue el ocaso, Isi se toma un té verde japonés con su vecina de la puerta de enfrente, Elena (prefiere no dar ni su apellido ni el año ni el lugar de nacimiento).

Hace más de una década que las dos se establecieron en este inmueble del distrito de Sants-Montjuïc, delante del teatro Condal (*Escape Room 2*).

Pagan 707,76 euros mensuales de alquiler.

En el 2022, adquirió el bloque el *fondo buitre* Second House («*Comprometido con las personas*»).

Isi.—Bienvenidos a Chernóbil.

En estas semanas, los operarios pican las paredes para

abrir hueco y acondicionar el ascensor que la nueva propiedad prevé instalar. Entre las redes de protección, los tabloneros de encofrado y los boquetes bang bang, en la escalera se podría grabar el documental *La batalla más sangrienta. Grozny*.

En el salón de estar, la paz que aplaca el dolor del mundo.

«Sin mucho cachivacherío, yo me deshago de todo», dice, aplomada.

Isi no necesita mucho para vivir: libros del filósofo Michel Foucault; fotografías mediante el procedimiento del colodión húmedo y un elefantito azul, el juguete de madera para el hijo de otra vecina.

Isi y Elena insisten en que la lucha es colectiva. Repiten a menudo eso, la palabra «colectivo» forma parte del ajuar. Huyen de la individualidad, y así ellas se ven reflejadas en muchos otros vecinos. Y vecinas.

Elena.—Sin que el administrador nos avisara, empezaron a venir de Second House agentes para saber de nosotros, quiénes éramos, si formábamos familia, si trabajábamos, si estábamos interesados en comprar, etcétera. Nunca tuvimos información clara, no sabíamos bien. Un día nos llegó una carta y nos informaron de que el nuevo propietario era Second House.

Reportero Jesús.—Sois vecinas de hace mucho...

I.—La señora mayor de aquí al lado se mudó porque necesitaba un piso con ascensor, y me dijo si conocía alguien de confianza que quisiera venir a vivir aquí, le tenía mucho aprecio a la escalera. Se lo dije a Elena, a quien ya conocía.

E.—La mayoría son renta antigua. Nos vemos cada día. Y esto es muy guay en una ciudad tan grande como Barcelona, que aliena mucho. Nosotras somos de fuera y aquí hemos creado una nue-

va familia. Tener vecinos que conocemos de mucho es muy importante, y entre todos nos ayudamos. Valoramos muchísimo haber creado comunidad.

RJ.—¿Cuál es la intención de Second House a vuestro juicio?

I.—Su negocio es muy claro. Compran fincas con inquilinos dentro. Arreglan un poquito, ponen ascensor y... en venta. Compran y venden. Ellos no nos quieren renovar el contrato de alquiler porque su negocio no es alquilar, su negocio es vender. Nos ofrecieron comprarlo...

RJ.—¿Por cuánto?

E.—Un precio muy alto.

I.—Trescientos veinte mil euros... Imposible.

En el mercado, un piso en Tapioles, 15, de cinco plantas, se oferta por unos doscientos mil euros.

E.—Por eso preguntaban... Querían saber nuestros ingresos. A mí me vinieron

dos comerciales y me preguntaron de todo: que querían saber la situación de los vecinos, cuántos éramos, qué teníamos...

I.—En mi caso me llamaron y concertamos cita. Que a qué me dedicaba, etcétera. El perfil del cliente que buscan es muy específico. Parejas de extranjeros que ganan mucho dinero.

E.—A mí me interesaría comprar el piso, pero a un precio honesto. Además, me lo venden sin ningún tipo de reforma.

I.—Según la inmobiliaria, el edificio tiene aluminosis, lo cual es falso. En algunas partes hay cemento aluminoso, pero muy poco, y patologías en lugares específicos... La comercial exageró, hablaba de «problema estructural».

E.—El *target* de cliente que quieren no somos nosotras. A veces hemos visto a las personas a quienes les enseñan los pisos y todos son de fuera o bien inversores. Ya hay cuatro pisos vacíos.

I.—Algunos vecinos se han ido porque vieron la situación que se les venía encima y ya se marcharon.

RJ.—¿Algún vecino ha comprado?

I.—Que sepamos, no.

RJ.—¿Cuándo vence vuestro contrato de alquiler?

E.—Nosotras ya estamos fuera de contrato desde el 31 de julio del 2023. Pero seguimos pagando el alquiler mensual para no ser morosas. Según ellos, no pagamos el alquiler, sino que pagamos la «indemnización por ocupación».

I.—Pedimos una prórroga en enero del 2023 y nos duró hasta julio del 2023. Por eso ahora estamos fuera de contrato y en fase de negociación.

RJ.—Y ¿en qué punto se encuentra el caso?

I.—Desde que nos enteramos de que había intención de vender a Second House, empezamos con los sindicatos de vivienda. Nos asesoramos con el Sindicat de Barri del Poble Sec [*«Participa»*], el

Sindicat de Llogateres i Llogaters [«*Per un lloguer digne*»] y el Sindicat d’Habitatge Casc Atic [«*Per un habitatge gratuït, universal i de qualitat*»]. Intentamos llegar a un acuerdo con la propiedad. Queremos que nos renueven los contratos de alquiler. Esperamos a ver...

RJ.—¿Os habéis reunido con los dueños de Second House?

I.—Sí, tres veces. Second House la fundó Elena Hernández de Cabanyes, familia de los propietarios del grupo inmobiliario Renta Corporación y de los responsables de la agencia inmobiliaria Vivenio. Grandes tenedores, no; enoormes tenedores. Su negocio es hacer dinero con la vivienda. Nosotros nos organizamos con los vecinos de la calle de Cortines, 10 [Ciutat Vella], que vive el mismo proceso que nosotros, también con Second House. A las reuniones vamos juntos.

E.—Tenemos abierta la página <https://twitter.com/>

stopsecondhouse, en la que hay colgado un linktr.ee que enlaza con la información de prensa que sobre el caso se ha ido publicando.

@stopsecondhouse: «Veïnes organitzades en una comunitat de lluita per defensar les nostres cases».

RJ.—¿Cómo son los de Second House, qué percibís?

I.—Cómo lo digo... No entienden nuestra vida. Te dicen: «Hay gente que vende pan, nosotros vendemos pisos». Conciencia social, cero.

RJ.—Dos mundos opuestos.

E.—Totalmente, nosotros valoramos la parte humana, mantener activo un barrio y preocuparnos de la memoria histórica. Con ellos todo esto se queda anulado. Para ellos solo somos números que se mueven de un lado a otro. Pero nosotros somos familias en situaciones complejas. Yo no quiero irme de aquí, yo estoy bien aquí.

I.—No entienden el sentido de comunidad, no lo entienden. Hay gente que ha nacido aquí, gente de toda la vida del Poble Sec y gente que acaba de llegar. Y nos cuidamos unos a otros. Estamos pendientes de los vecinos enfermos, por ejemplo, y a los que no pueden o son mayores les ayudamos a subir la compra, por ejemplo. Puedo picar a cualquier vecina de aquí y sé que me va a ayudar como si fuera mi madre. Todo esto, para ellos, ni caso.

RJ.—¿La obra del ascensor la promueve Second House?

I.—Incluso antes de comprar la finca ya enviaron un ejército de técnicos para tomar medidas. Nosotros de buena fe les dejamos entrar en ese momento. Ha sido una pelea para que respetaran el refugio antiaéreo. Nos sentíamos insignificantes delante de ellos, nos ignoraban...

E.—Acabamos presentando alegaciones a su proyecto, porque el refugio no lo querían reconocer.

I.—Mentían. El Ajuntament de Barcelona preguntaba si los vecinos habían hecho alegaciones y ellos contestaban que no, y no es verdad.

RJ.—¿Cuándo termina la obra?

E.—Cuanto antes. Corren para acabarla. Les estamos dando muchos problemas porque quieren vender ya.

I.—Hay vecinas muy mayores y que son de renta antigua. Hay otras, con movilidad reducida, a quienes les llegó un burofax y que tenían derecho a contrato indefinido. Gracias a estar todos pendientes, ya hay una vecina que se queda.

E.—Vamos a una.

I.—Todo somos nosotros, nos organizamos.

RJ.—¿Tenéis esperanza?

I.—Por supuesto que tenemos esperanza.

E.—Nosotras no nos queremos ir, aquí estamos muy bien.

I.—Sí, ens quedem.

E.—También hay mucha presión. Tú sientes como que

tu vida está en un limbo, que está colgando. Yo quiero cambiar cosas en mi casa, pero no lo voy a hacer hasta que... Así no se puede vivir.

I.—Yo no voy a volver a pintar si es que me van a echar dentro de dos días... Estoy a la espera, y estar a la espera es una mierda.

E.—La escalera se mantiene porque la cuidamos, le ponemos cariño. Son pequeños detalles. Hemos hecho mucho trabajo por nuestra cuenta.

I.—Esta es nuestra casa, en una Barcelona que es un negocio desalmado. Aquí no se puede pagar el alquiler ni de una habitación.

E.—Me gustaría pagar un precio justo, y existe el derecho a la vivienda, que es un derecho básico y que no se tiene en cuenta.

I.—Estamos haciendo un esfuerzo por mantenernos y por mantener humanamente la ciudad. No sé en otros barrios de Barcelona, pero aquí hay una convivencia maravillosa. Hay como un vivir de comunidad que está por encima de todas las cosas. Y estas inmobiliarias matan todo eso.

E.—Aquí se mantiene una vida, un intercambio, que es fundamental, porque si no, se pierde. No somos máquinas.

I.—La mitad de nosotros es nuestra gente. Es una cosa muy bonita que se la cargan. Ellos venden pisos como otros venden pan. Allá ellos con su individualidad.

E.—Otra cosa no, pero somos muy luchadoras.

I.—Peleonas y gritonas.





JORDI PAPELL

DESCOMPOSICIÓN

Puerta cortafuegos. Aislante. Gris aparcamiento Carrefour. Metálica. Con bisagras.

En la hoja que no da al descansillo, palabras magnéticas puestas al tuntún, como si la puerta de entrada a la casa fuera en realidad la puerta del frigorífico.

La puerta antirobos, anti-vándalos, antitodo, y despersonalizada, tipo franquicia, la abre su propietario, Jordi Papell (calle de Giralt el Pellicer, barrio de Sant Pere, Barcelona, 1952).

Taciturno hasta que coge confianza, inveterado en la raíz, cáustico con la perilla de los puritos Partagas.

Jordi Papell vive en un hotel.

Exactamente no es así. Hiriendo fino, él no vive en un hotel: su piso ha sido atrapa-

do por el Ilunion Almirante (cuatro estrellas), cadena de hoteles accesibles del grupo social ONCE («*Iguales. Para hoy. Para mañana*»), en Via Laietana, 42.

Le han envuelto en una red de araña.

Hijo de Guillem y Pepita.

El último de cinco hermanos.

La familia regentaba la tocinería Papell, que ya cerró. Jordi se ha dedicado a la informática.

Desde 1953 reside en Via Laietana, 42, finca de 1900 que antes tenía seis plantas y que ahora tiene ocho, y donde antes convivían vecinos, ahora los turistas reservan noches y mojitos.

Paga unos doscientos euros mensuales de alquiler (ren-

ta antigua). Quizá por eso le hicieron la vida imposible en el proceso de reconversión del bloque como aparador turístico.

«He querido actualizar el alquiler, pero no me han dejado.»

Ciento cincuenta metros cuadrados que van desde Via Laietana hasta la calle de las Beates. Compartidos con su pareja, Maria Escribano. Los dos hijos ya volaron.

Antiguo presidente de la Associació Veïnal del Casc Antic, es el único vecino de Barcelona que para entrar a su casa y abrir la puerta de las palabras-imán, ha de saludar a los recepcionistas de traje azul cobalto, unicolor, frente al clásico timbre de llamada de las pelis: palmada y cling.

En el *hall* del hotel Ilunion Almirante, la frase enlatada, en una pared blanca sin remilgos: «*Bienvenido a un mundo diferente*».

Él se resiste, como los galos de Astérix.

Saliendo del ascensor, a la derecha, seis habitaciones (401-402-403-405-406-407), de las 86 que tiene el establecimiento.

Estas son las palabras del francés pegadas a la hoja interior de la puerta de Jordi Papell, en la planta cuarta, saliendo del ascensor, a la izquierda: *Bonjour, au revoir, l'été...*

Y...

Touch

«Me acuerdo de cuando en el entresuelo había un taller de joyería, un taller de relojería y un estudio de fotografía. En el primer piso estaba la pensión Colonial.»

Chemin

«De vecino tenía un abogado, hace ya mucho. No sé qué será de él, se habrá muerto.»

Merde

«Uno de los propietarios, Moliner, compró la finca entera, y ahí se comenzó a

echar a la gente de malas maneras, haciéndoles la vida imposible.»

Chang

«En los setenta, las casas de los vecinos que se iban yendo se convirtieron en apartamentos.»

Libre

«Quedamos tres que no vendimos. Dos mujeres mayores y yo. Las señoras fallecieron y me quedé yo solo.»

Derrière

«Con el nuevo milenio, el dueño, que ya ha muerto –ahora sus hijos gestionan la propiedad–, restauró todo el edificio, compartimentándolo.»

Espoir

«El señor Moliner alquiló el bloque al hotel Ilunion Almirante, aquí están desde hace más de una década. Antes estaba uno de los hoteles Guitart.»

Nouveau

«Primero los problemas los tuvo mi padre, y ahora me toca a mí. Inundaciones, estropicios, partes que se vienen abajo, desaguisados... A todo esto bajaron unos cuarenta centímetros el techo. Esto que ves es un falso techo.»

Avoir

«Querían que me marchara. Me han ofrecido dinero. No me he ido.»

Premier

«Hemos ido a juicio. Hasta me pusieron un detective privado.»

Conserve

«Para pagar el alquiler me ponían pegas, hacía giros postales para justificar el pago, porque no me dan los recibos.»

Éternité

«En la referencia catastral mi casa se presenta como “dependencia hotelera”.»

Soudain

«No tengo buzón. Las cartas me las dejan en recepción. Tampoco tengo llave del portal, porque no hay portal.»

Surf

«Por la ventana, los turistas lanzan al patio interior latas, maquinillas, maletas... Borrachos, gritando. Algunos roban los cuadros. Incluso pagan con tarjeta y luego anulan el pago... Me entero por los empleados.»

Ici

«El barrio es un desastre. El turismo ha hecho mucho daño. Los vecinos no importan, solo hay oficinas. Había muchas casas antiguas, deterioradas, que se las quedaron los especuladores por cuatro duros, miseria. Barcelona es una atracción turística, ya un parque temático. No creo que se revierta.»

Bien

«Se ha de poner límites al turismo, hacer cumplir las

ordenanzas municipales. La gente se marcha porque es imposible vivir en según qué barrios de Barcelona.»

Suffis

«Hace poco cerró la papelería Hija de J. Batlle Horta [núm. 48], de 1917.»

Parfum

«Ahora está la finca en venta. He oído que por unos veinticuatro millones de euros.»

Conseil

«Aquí tengo todos mis recuerdos, y los juguetes de cuando era pequeño.»

Regard

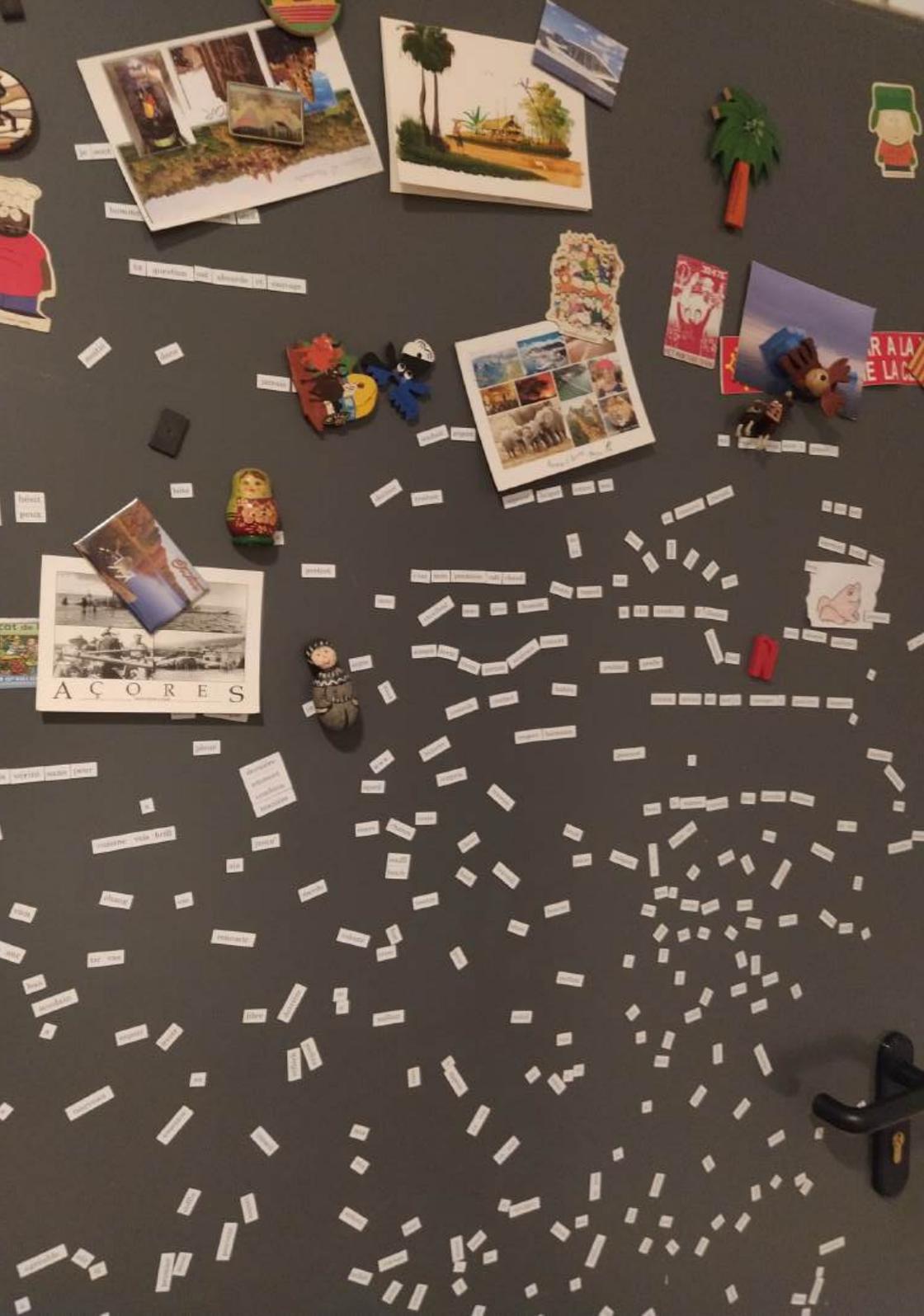
«La puerta de madera maciza original la tiraron a la basura.»

Moi

«Barcelona la califico como descomposición.»

la - vérité - sans - peur

la - verdad - sin - miedo



de...
de...
de...



RA LA
E LA



de...
de...
de...

de...
de...
de...







JUANJO HERNÁNDEZ

PASOS PARA UNA DECONSTRUCCIÓN

«Iluminar es revelar; colorear es especificar el modo de revelación.»

El primer manifiesto cubista de la historia viste una peliza de presciencia.

Los pintores franceses Albert Gleizes (*Les Ponts de Paris*) y Jean Metzinger (*Femme au cheval*) fijaron las leyes del arte en *Du cubisme* (Sobre el cubismo), en 1912.

En *Du cubisme* hacen añicos la perspectiva tradicional y se expresan sin límites ni planos, en horizontal, vertical y diagonal.

Del cubismo, movimiento artístico de las vanguardias, decían: «Que la imagen no imite nada; deja que presente desnuda su razón de ser».

El cubismo descomponía lo tangible en cubos, formas poligonales, geométricas. En

verdad, deconstruía el espacio.

La deconstrucción, la acción de demoler, ha configurado la sociedad barcelonesa del siglo XXI.

La deconstrucción del Estado del bienestar y de cualesquiera de sus patas (sanidad, educación, ocio...).

La destrucción del mundo de ayer la encarna un hombre convencional, sintético, voluminoso como el *Retrato de Ambroise Vollard*, de Picasso. De ojos semicerrados, piel rosácea y brazos poderosos, que se descomponen en otros brazos que se multiplican en otros brazos; en la mitad de tiempo, este hombre trabaja por dos.

Se trata de Juanjo Hernández (Barcelona, 1967), vecino de uno de los bajos de la ave-

nida de los Rasos de Peguera, 132, en Ciutat Meridiana, en el distrito de Nou Barris, en Barcelona.

Está a punto de perder la casa.

Actualmente, trabaja como cocinero en una escuela de educación especial.

Gana 1 100 euros, mileurista: «No me importa decirlo. Soy pobre, en riesgo de exclusión. Una persona que gane mil euros nunca llegará a fin de mes. Mi situación laboral y mi situación habitacional penden de un hilo».

El nombre exacto de la enfermedad: «*Riesgo de exclusión residencial sin alternativa de vivienda propia*».

Su vida puede desladrillarse ladrillo a ladrillo, puede despiezarse pieza a pieza.

Una vida que se desarma en 20 pasos.

Veinte pasos para una deconstrucción.

1. En el 2000, Juanjo compró el piso en el que actual-

mente reside, de unos cincuenta metros cuadrados, en una finca de cinco plantas, en los bancales de Ciutat Meridiana, las pendientes que atraviesa el Papamóvil, que no es más que un funicular defectuoso.

Hipoteca a treinta años con Caixa Catalunya, la principal caja de ahorros catalana.

Empezó pagando en pesetas unos quinientos cincuenta euros.

Banco Bilbao Vizcaya Argentaria (BBVA) justo nace en el 2000, producto de la fusión auspiciada por los empresarios Emilio Ybarra y Francisco González.

2. En el 2006, Juanjo se separa de su mujer, con quien tiene una niña. Asume la hipoteca. Se enfrasca en créditos deficitarios, alentado por el director de la oficina bancaria. Compra una furgoneta con la que repartir la gama de productos de la empresa Panrico, para la que trabaja [pan blanco, tostado, rústico...].

3. En el 2008 estalla la burbuja inmobiliaria. El sistema bancario estadounidense entra en crisis. Quiebra Lehman Brothers Holdings Inc., gigante de las finanzas. Recesión. Desconfianza. Caída de la bolsa. Los efectos del derrumbe cruzan el Atlántico: Europa se ve resentida, y los *hombres de negro* se preparan para operar de urgencia los países del sur (mal llamados PIGS), en el punto de mira. En España, se superan los cinco millones de parados, según la Encuesta de Población Activa. Juanjo ve disminuida su carga de trabajo.

4. En el 2011, el Estado, mediante el Fondo de Reestructuración Ordenada Bancaria, nacionaliza Caixa Catalunya, que había pasado a denominarse CatalunyaCaixa, marca comercial de Catalunya Banc.

Catalunya Banc nace, entre otras cosas, para gestionar la «bolsa de activos inmobiliarios». El pisito de Juanjo lo

pasa a gestionar Catalunya Banc.

5. En el 2013, y como consecuencia del desolador panorama laboral, Juanjo pierde su trabajo y, por consiguiente, pierde la furgoneta. No puede pagar la hipoteca, que ya rondaba los 950 euros mensuales. Ha de entregar su casa a Catalunya Banc por el método de «dación en pago». El Banco de España define así este término: «Consiste en la entrega al banco de la vivienda que garantiza el préstamo a cambio de dar por cancelada la deuda pendiente».

El contrato lo firmó con la inmobiliaria de Catalunya Banc, Gescat Vivendes en Comercialització, S. L.: «Contrato de arrendamiento de vivienda al amparo del Código de Buenas Prácticas».

6. Ley 24/2015, de 29 de julio, de medidas urgentes para afrontar la emergencia en el ámbito de la vivienda y la pobreza energética. Del ar-

título 5: «Antes de interponer cualquier demanda judicial de ejecución hipotecaria o de desahucio por impago de alquiler, el demandante debe ofrecer a los afectados una propuesta de alquiler social».

Juanjo menciona la «24/2015».

7. En el 2016 se disuelve Panrico, absorbida por el grupo Adam Foods.

8. En el 2016 desaparece Catalunya Banc-Catalunya Caixa-CaixaCatalunya. La absorbe BBVA, con sus «activos tóxicos». La inmobiliaria Àrea Gestió se hace cargo.

9. En el 2018, BBVA se alía con el *fondo buitres* Cerberus Capital Management para crear Divarian Propiedad, S. A., «sociedad conjunta de negocio inmobiliario en España». Divarian Propiedad, S. A. gestiona la vivienda de Juanjo.

«¿[El primer ministro de Israel Benjamín] Netanyahu

puede hablar con los palestinos y yo no puedo reunirme con mi casero? Pero ¿esto qué es?»

10. En el 2020 se le acaba el contrato con Divarian Propiedad, S. A. Se acoge a las moratorias aprobadas como consecuencia de la pandemia del covid 19. Una noche, una señora pica a la puerta. «Hola, soy del juzgado número 35 de Barcelona.» Demanda de desahucio. «Tenía un plazo de pocos días para moverme.»

Ese mismo año se afilia al Sindicat de Llogateres («*Per un lloguer digne*»).

Fuera de contrato, Juanjo sigue pagando a Cerberus cada mes, cien euros, alquiler social acordado con ellos.

11. En el 2021, Cerberus compra el total de Divarian Propiedad, S. A., con lo cual se rompe la relación de Juanjo con BBVA. Ahora está en manos de los *fondos buitres*, «fondo de inversión de carácter especulativo que compra

deuda o activos de empresas o instituciones en graves dificultades económicas» (Real Academia Española).

12. En el 2021, impugna la decisión del Il·lustre Col·legi de l'Advocacia de Barcelona: Juanjo tiene derecho a la justicia gratuita.

13. En el 2021, Divarian Propiedad, S. A. le notificó que había interpuesto demanda por la que se inicia el procedimiento de desahucio en el juzgado de primera instancia número 35 de Barcelona, clasificado con el siniestro nombre de «desahucio número 607/2021-B1».

14. Ley 1/2022, de 3 de marzo, de modificación de la Ley 18/2007, la Ley 24/2015 y la Ley 4/2016, para afrontar la emergencia en el ámbito de la vivienda. Del artículo 12: «La obligación establecida por el artículo 5.2 de ofrecer una propuesta de alquiler social antes de interponer determi-

nadas demandas judiciales se hace extensiva, en los mismos términos, a cualquier acción ejecutiva derivada de la reclamación de una deuda hipotecaria y a las demandas de desahucio siguientes».

Juanjo menciona la ley «1/2022».

15. En el 2022, también denunció, en la Agència Catalana del Consum [*«Mediació i arbitratge»*], la falta de oferta de alquiler social en caso de finalización de alquiler: «...antes de interponer cualquier demanda de desahucio por vencimiento de la duración del título jurídico que habilita el empleo de la vivienda, el demandante tiene la obligación de ofrecer un alquiler social a las personas afectadas».

16. Con la ayuda de la Plataforma d'Afectats per la Hipoteca, Juanjo participa en la demanda conjunta de unas doscientas familias contra los *fondos buitres*.

17. En el 2023, la compañía de servicios de gestión de crédito y activos inmobiliarios Intrum España negocia quedarse con Divarian Propiedad, S. A. A Juanjo le marean. Dice: «Cuando yo llegué a esta casa, en el 2000, aquí ya había habido una familia con hipoteca. Y antes que ella, otra. Así que este pisito, esta poquita cosa en Ciutat Meridiana, ya ha tenido tres hipotecas desde que se construyó, en los sesenta. Dime tú si esta casa no está ya pagada». Lo define de esta manera: «Mercadeo puro y duro de un bien de primera necesidad, la vivienda. Todo el mundo quiere exprimir la teta. La emergencia habitacional ahora en Barcelona es un problema más grave que la seguridad ciudadana. Cuando desarraigas a una persona de su casa puede tirar adelante con sus dos cojones o puede quedarse en el camino, asociado».

18. En julio del 2023, mediante burofax, se le solicita

información para evaluar una propuesta de alquiler social, por lo que se le pide informe de vulnerabilidad, movimientos bancarios y datos fiscales, nóminas, certificado de Hacienda, certificado de no titularidad, etcétera. «Menudo estrés que pasé para conseguir el mogollón de documentación.»

No hubo propuesta.

En diciembre del 2023 le llega la orden de desahucio.

19. El 19 de enero del 2024, pesaba sobre Juanjo la fecha tope para salir del piso y hacerse efectivo, así, el desahucio: «Desahucio por expiración legal». Se aplaza.

20. El martes tiene una reunión en la Unitat Antiassetjament i de Disciplina de l'Habitatge del Institut Municipal de l'Habitatge i Rehabilitació de Barcelona. De la propaganda municipal: «En total, se han inspeccionado 118 587 viviendas y se han tramitado 926 expedientes.

Fruto de esta actividad, el Ayuntamiento ha expropiado seis viviendas y ha impuesto multas por valor de 2 126 275 euros».

Juanjo dice: «Yo quiero vivir tranquilo».

El sótano de debajo de la casa de Juanjo, que estuvo cerrado durante muchos años, recién ha sido habitado. Una mujer migrante algo sorda hace su vida allí, con escasa luz y mucho esfuerzo.

«Mi vida está aquí, en mi barrio, ¿dónde voy yo ahora?»

El primer año de vida, en 1967, Juanjo lo pasó en la Pensión de la Vieja, en la calle de Escudellers. Su madre, Luisa, trabajaba en el Hotel Cosmos, ya desaparecido.

En 1968, compraron la casa de Rasos de Peguera, 84, en la que montaron la instalación eléctrica.

«Mi padre perdió el piso cuando yo me fui a la mili, era un tarambana. Yo me tuve que buscar la vida.»

No le da miedo nada.

Se ha tirado en paracaídas.

«Iluminar es revelar.»





NADIA AITE

NOTAS EN CUERPO DE PÁGINA

«Acarrear el agua para el servicio de todo el pueblo.»

(Libro de Josué)

La imagen que les refiero también adquiere dimensiones bíblicas:

Una señora¹ de mediana edad recorriendo con un carrito² los trescientos metros entre su casa³ y la fuente de la calle de Burgos con Jocs Florals. Una vez por mes, durante cuatro o cinco horas, ocho viajes de ida y ocho de vuelta hasta cargar unas ochenta garrafas⁴ de ocho litros cada una.

Notas en el cuerpo de la página:

1. La señora, italiana: Nadia Aite (Trieste, Italia, 1967):

Sonrosada, la figura de las mozas en las ventas de meseta que tan bien describiera Cervantes; nariz levantada en una cara redonda; rubia y coqueta a un tiempo, hermosa sin exponerse al escrutinio de los instagramers.

«Un día mi vida se desplomó.»

Tras este *turning point*, ocurrió lo siguiente:

En enero del 2017, se refugió en un monasterio vegano de Catalunya; padeció una obstrucción intestinal, la operaron en Barcelona; pidió amparo en la iglesia de Santa Anna, en la plaza de Catalunya de las grandes marcas tipo Prada, con solo cincuenta euros en el bolsillo y tres perros, *Altea* y sus dos cacharros; pasó algunas noches en la boca del

metro; ingresó en el Centre d'Urgències i Emergències Socials de Barcelona y en el centro de atención sociosanitaria Sala Baluard; una tarde, sentada en un banco con sus perros, conoció a Ahmed, un hombre de origen marroquí que le dio la solución que necesitaba: que se instalara en el edificio abandonado de la calle de Burgos, 24-26. Le dijo: «Si confías en mí, vente». Así lo hizo. Tres meses después de haber llegado a España, en marzo del 2017, se quedó en el primer piso, segunda puerta.

Ahora. Su única familia en Barcelona, un perro, *Oro*, y una perra, *Chispa*, recogidos de la perrera municipal. Manda el italiano cuando les hace chistar: «*Non abbaiano, sono amici*».

Duerme con ellos.

2. El carrito, del Caprabo («*Capraboacasa*»): «Yo no robo... Por eso he comprado un carro a un señor de la chatarra. Le di 20 euros.

Aunque hay gente que dice que comprar cosas robadas es como robarlo, para mí no es así...».

3. Su casa, en un espacio de unos ochenta metros cuadrados, amplio y recogido, como si le hubieran limpiado el aura. Dos ventanas y una pared de pladur que ha pagado de su bolsillo.

«Actualmente trabajo como conserje en una residencia de estudiantes y con la nómina, de vez en cuando, me regalo una plantita.»

Y como buena aficionada a la decoración de interiores, el entorno lo ha embellecido a su manera, con «los regalos de la calle», «los regalos de Barcelona», circunloquio para no decir «cosas de las basuras»:

libros: *Los gozos y las sombras*, de Gonzalo Torrente Ballester; *África llora*, de Alberto Vázquez-Figueroa; *Los perros de la guerra*, de Frederick Forsyth... Y entre ellos las Sagradas Escrituras;

elefantes de la suerte;

cofres de madera;
una máscara veneciana;
recuerdo de las casas col-
gantes de Cuenca;
estanterías esquineras;
una radio portátil con re-
productor de casete;
paraguas de papel de estilo
japonés;
cómoda antigua abomba-
da;

espejo de pared, con tarjetas
y *flyers* publicitarios de adies-
tradores caninos y «el maestro
momo gran vidente, eficacia
rápida con don hereditario».

También la copia de los
carteles que han ido col-
gando en el barrio, con este
mensaje firmado por el Grup
d’Habitatge de Sants: «En el
bloque viven 23 personas: hay
una familia con tres menores,
trabajadores con y sin contra-
to laboral, personas con disca-
pacidad, mayores chatarreros
y personas que no pueden tra-
bajar por no tener documen-
tación».

4. Garrafas vacías de agua
mineral natural de la mar-

ca Font Agudes Montseny
(«*Fruto de muchos años de ex-
periencia*»):

con esas garrafas va a la
fuente y las llena de agua con
cal, agua con la que se lava y
da de beber a los perros.

Para beber ella, las compra.
«La gente no sabe la suerte
que tiene de poder darse una
ducha.»

Contranota:

Al número 24-26 de la calle
de Burgos, perteneciente a la
agencia inmobiliaria Suchil,
S. L., ha llegado, en mayo del
2024, una circular por la cual
se han de ir los inquilinos, 23
personas repartidas por las di-
ferentes estancias. En el edi-
ficio, de dos plantas, operaba
una empresa de persianas.
Desde el 2012 está ocupado.

Esta notificación se llama
«hoja cautelar». Se comunica
a los vecinos que en cualquier
momento pueden ser desahu-
ciados: «Incoar el expediente
número DSJS24-00606 de
declaración de infravivienda
del espacio local y, en su caso,

de todos sus elementos comunes y privativos, situado en la calle de Burgos, 24-26B, del distrito de Sants-Montjuïc, de acuerdo con lo previsto en los artículos...».

«Yo llamo a esta hoja La Hoja Fantasma.»

Nadia Aite paga unos doscientos euros mensuales a la persona que le facilitó la entrada en el lugar que hoy ocupa, la persona que habilitó estos espacios para infravivir, que no es vivir con plenitud.

«Yo podría pagar unos quinientos euros de alquiler social. Hemos tenido ya dos reuniones con el distrito de Sants-Montjuïc del Ajuntament de Barcelona. Estamos a la espera... Nos quieren echar porque aquí van a hacer aparcamientos. Pero digo yo: no se puede echar a la gente de donde vive para hacer un garaje. No es aceptable, no lo acepto, no, no, no es posible... No voy a volver a dormir en la calle.»





DIEGO Y PAU

LAS PALABRAS

Cuidado con las palabras.

Las palabras las carga el diablo.

No es lo mismo decir «crecimiento negativo» que decir contracción.

No es lo mismo decir «novedades tributarias» y «nuevas figuras impositivas» que decir, directamente, impuestos. Uno más.

No es lo mismo un rescate bancario que un préstamo.

Entre otras cosas porque, en lo que a la macroeconomía se refiere, nadie rescata a los que por el camino se van quedando.

En el primer trimestre del 2024, en España hubo 13 362 desahucios.

En el tercer trimestre del 2024, tendremos que sumar el desahucio de Diego Sanjulián (Barcelona, 1991) y Pau Solé

(Barcelona, 1996), chicos que conviven en el segundo segunda del número 9 de la calle de Riera de Tena, de unos setenta metros cuadrados y tocando con L'Hospitalet de Llobregat.

«Mañana a las diez vendrán a echarnos, nos llegó la notificación en mayo», anuncia Diego, con la camiseta amarilla del Grup d'Habitatge de Sants (GHAS). Amarilla y negra.

«Nos pillas preparando una cena de amigos para despedirnos de la casa, de la vida en esta casa», comparte Pau, con la camiseta del GHAS. Negra y amarilla.

En la cocina, un amigo común, Cristian, prepara el ceviche según una receta peruana. Sobre la mesa, los nachos Tex-Mex.

«Se trata de colectivizar los nervios y sentirnos acompañados.»

El tsunami de la crisis económica y social del 2008, el Big Crap, se llevó por delante a la familia que había en este piso cercano del barrio de La Bordeta.

De la familia nunca más se supo.

En el 2012, la Sareb, el banco malo –todos los bancos son malos– adquirió el inmueble.

En el 2019, la Sareb vendió el piso a Talismán Capital, *fondo buitre*.

Lo vendió por cuatro peras. Unos cuarenta mil euros.

De la escritura de compra-venta, que afecta a un lote de unas cuatrocientas casas (430): «El precio conjunto para todos los inmuebles objeto de esta escritura es la cantidad de DIECISIETE MILLONES QUINIENTAS SETENTA Y UN MIL NOVECIENTOS CINCUENTA EUROS CON SESENTA Y DOS CÉNTIMOS (17 571 950,62 euros)».

Aunque el Ajuntament de Barcelona tenía derecho al «tanteo y retracto y/o adquisición preferente», la Administración municipal no movió un dedo.

El segundo segunda del número 9 de Riera de Tena no pertenece a Diego y Pau, que ocupan el espacio desde el 2018 y el 2022, respectivamente.

«Nosotros decidimos ocuparlo porque la vivienda en Barcelona está imposible», aseguran.

«¿Cómo describe el mercado de vivienda en Barcelona?», pregunta, inocente, este reportero.

Coinciden: «Una mierda».

«El parque de vivienda pública es irrisorio.»

Y «es un drama».

Diego era un biotecnólogo que se reconvirtió en profesor.

Pau era un profesor que se reconvirtió en carpintero.

Los dos han empaquetado sus cosas, que caben en cinco mochilas y una maleta.

Sus cosas las dejaron en la terraza de la casa de la vecina de enfrente.

Se han movilizado.

Han repartido panfletos del GHAS: «Sabemos que el problema no es individual, sino estructural. Con el asesoramiento colectivo nos informamos y nos organizamos para hacer frente a leyes y situaciones injustas».

Han colgado carteles en su zona: «No permetrem cap més desnonament!».

Han dejado una carta en los buzones: «Aquí en La Bordeta los alquileres sobrepasan

los mil trescientos euros por mes y creemos que entidades como la Sareb y cualquier banco o *fondo buitre* tienen mucha responsabilidad».

Mañana desplegarán una pancarta de dos metros en la que pone: «Sareb y Talismán, alianza criminal».

Para cuando venga la comitiva judicial mañana, ya tienen preparado, junto a la puerta, el baffle Ibiza Sound de 200 vatios. Para hacer ruido.

No es lo mismo hablar de «cartera de activos» que de no tener un duro en la cartera.





XAVIER OLIVÉ

IN MEMORIAM

El poeta laureado.

Lord Canciller.

Ulises viajero.

Para el novelista Edgar Allan Poe, el más grande de todos los tiempos.

Alfred Lord Tennyson acaparó titulares en el siglo XIX, siglo que recorrió de cabo a rabo (1809-1892). En su refugio campestre, en la británica isla de Wight, recibió la visita de la reina Victoria y de Garibaldi, el barbudo rojo.

Tennyson se convirtió en la voz del Imperio británico por su poema monumental, «*In memoriam*», elegía a su amigo muerto, Arthur Henry Hallam.

En «*In memoriam*», sublime, alcanza altas cotas de belleza, hondo lirismo y profunda aflicción.

Escribe:

Quédate junto a mí cuando yo me esté yendo, /

para indicar el término de nuestra lucha humana /

y, en ese borde oscuro de la vida, /

todo el atardecer del día eterno.

Hemos llegado hasta aquí para visualizar otro «*In memoriam*».

La decena de vecinos antiguos del número 347 de la calle de la Diputació, en el distrito de l'Eixample, han muerto o se han ido.

Solo queda uno, como un reducto en la era mesozoica, en la rama de la paleontología encargada de estudiar la ciudad de Barcelona.

«Yo me quedo, no me pienso morir», salta y desafía con premura Xavier Olivé (Barcelona, 1948), gigantón

de mejillas oblongas en un rostro cuadrado, frisáceo, con un aire al hispanista Ian Gibson. «Si la propiedad espera que me muera para quedarse con el piso, pienso vivir veinte, treinta o cuarenta años más, hasta que se cansen.»

Lo dice en serio.

Es el último de los de antes.

Miembro de la Associació de Veïns i Veïnes de la Dreta de l'Eixample, que llegó a presidir, Xavier Olivé se tapa los oídos.

Los operarios están haciendo obras en la puerta de enfrente, en el primero.

En el 2017, adquirió el bloque entero —cinco plantas, dos puertas por rellano— el *fondo buitre* Paulman Propiedades, S. L., sucursal de Paulman Ijsselstein, B. V., de capital neerlandés.

De sus informes: «[Dedicada a] la compraventa de bienes inmuebles, la rehabilitación, construcción y arrendamiento de todo tipo de fincas, rústicas o urbanas».

Desde ese año del 2017, a ninguno de los vecinos de alquiler se les ha ido renovando el contrato.

Xavier, el último de los de antes, hace valer sus derechos: «Yo estoy aquí desde 1977, y muchos de mis vecinos habían vivido aquí la guerra [del 36]. Lo que ha hecho la nueva propiedad es reformar todas estas casas en plan lujo, por eso están todo el día con el taladro y picando; o me tapo los oídos o me voy a la calle hasta que acaben su jornada, a las seis. Yo tengo un contrato de alquiler indefinido, pago unos seiscientos euros mensuales. A mí no me pueden echar».

Según los portales inmobiliarios, el precio de cada uno de estos inmuebles de cien metros cuadrados, rehabilitados modo *luxury*, llega al millón de euros.

Xavier, ingeniero electrónico de profesión, decoró su casa con mimo, estilo campestre, con aparadores, repisas y mesitas de madera de pino, resistentes y duraderos.

Entre los cedés y las cámaras de fuelle de su bisabuelo, Fidel Periu i Tirigall, los marcos con las fotografías de la familia descansan en los pasillos, algo que le trasciende, un guiño a la memoria colectiva de los suyos.

«La mayoría de mi familia se ha hartado de Barcelona y se ha ido a vivir fuera. Yo soy hijo de l'Eixample, nací en el 277 de la calle de València, delante de la Casa Elizalde, y allí vivíamos hermanos, padres, abuelos y bisabuelos, todos juntos. En el futuro, Barcelona no tendrá barceloneses. Será un decorado. Cuando veo una mesita en el balcón con dos sillas ya sé que son turistas.»

Paulman Propiedades no sabe quién es Xavier Olivé, ni le importa.

Xavier Olivé no sabe qué cara tiene Paulman, porque no se han presentado.

Ninguno de los nuevos propietarios en Diputació, 347, junto a la tienda Funky Bakers Eatery, sabe quién es

Xavier Olivé. Tampoco saben quién es Paulman.

Xavier Olivé no entiende sus idiomas.

Ninguno, ni ellos ni Xavier, sabe quién es el nuevo presidente de la escalera.

Así que ya es una escalera desmadejada, porque si el ascensor no funciona o si se estropea el interfono «inteligente» o se inundan los bajos, la desolación invade el ánimo, precursora del caos.

«A veces, por señas, alguno de los señores que lleva poco viviendo aquí, se dirige a mí para quejarse de algo. O bien lo dicta al teléfono y con el traductor me enseña lo que quiere. Quejas que conciernen a las zonas comunes, pero yo qué voy a hacer...»

Xavier Olivé, el último de Diputació, 347, delante de la escuela Sagrat Cor, en el chaflán de Bailén-Diputació: «Soy el último que tiende la ropa en la galería».

Y es el único que no ha colocado una alarma Securitas Direct.

El periodista Ferran Escoda, en la novela *Últims dies a l'Eixample*: «Él [el protagonista] es el único que no ha cedido a la tentación de la especulación y el éxodo, se resiste a que le echen de casa cuando ya no tiene ni edad ni cintura para cambiar de paisaje y de hábitos».

El presidente de la Dreta de l'Eixample, Jaume Artigues: «[con los «desahucios invisibles»] se pierde oferta de vivienda y se rompen los equilibrios entre residentes y

plazas turísticas, la actividad se ve afectada con la pérdida de establecimientos de proximidad...».

Xavier Olivé, el último de los de antes.

«Este verano murió la vecina de arriba, ya estaba aquí cuando yo llegué.»

La finca de Diputació se construyó en 1886.

Aún vivía el poeta Tennyson.

«Se hizo el silencio y se desató el llanto.»





YOLANDA NIÑO

EL ÚLTIMO DÍA DE YOLANDA

El último día de Yolanda fue una auténtica mierda.

Se lo pasó metiendo en bolsas de basura la ropita de sus dos niños (G, del 2014, y A., del 2019).

«No puedo quedarme en la calle sin nada, me llevaré esto, por si..., no vaya a ser que...»

Ella no ve las cosas en blanco y negro, respira ajeno, la persigue la nube negra que no se quitaba de encima Patán, el de *Los autos locos*. Sus huesos la prolongan, la estampa de una *cheyenne* que no come ni bebe porque piensa que mañana dormirá al raso: dolida en lo más profundo del alma, el pelo caído por los nervios, los fragmentos irregulares de su mirada cristalina esparcidos por el suelo.

El último día de Yolanda Niño (Barcelona, 1994), an-

tes de que la desahuciaran, fue una mierda y un puto quebradero de cabeza.

Subía y bajaba los cinco pisos sin ascensor del número 15 de la avenida de los Rasos de Peguera, en Nou Barris. Las subidas y las bajadas hacen este ruido: plas-plas-plas-plas-plas-plas...

Su amiga, Mari Carmen, la ayudaba a cargar bultos y abastimientos, que arrumbaba en cualquier rincón.

Por eso, la carpeta con los salvoconductos (informe de vulnerabilidad, libro de familia), y con la intolerancia a la lactosa de la orden de desahucio 1203-2018-CS, reposaba sobre la repisa junto al televisor. La orden le llegó en noviembre: «Es una amargura. Estás pensando y pensando que en cualquier momento te

puede llegar La Hoja. Y cuando te llega, solo quieres que pase el día ese».

El Día D.

En su caso, el 25 de enero.

El último día, el 24 de enero, no la han parado de llamar por teléfono los medios de comunicación.

«Todo lo que sea posible por salvar el techo de mis hijos.»

Respuesta de Yolanda a las indagaciones del primer periodista que la llama por teléfono:

«...Este es el tercero [desahucio]. En el primero, en el 2021, vinieron los del juzgado, pero la asociación de vecinos lo consiguió parar, se echaron atrás; en el segundo, en el 2022, no se presentaron, y ahora, en el tercero, me viene forzoso mediante el SAC [Servicio de Actos de Comunicación y Servei d'Atenció Col·legial], y bueno, lo tengo un poco oscuro... Soy optimista, pero estoy ahí ahí...».

Respuesta al segundo periodista:

«...He intentado hablar con ellos debido a mi situación, pero no quieren, son un poco sesgados [tendenciosos]... Sí, en este tiempo he estado trabajando y luego con el subsidio, idas y venidas. Ahora me quieren echar cuando justamente estoy sola y cobro los 480 euros de la BAE [búsqueda activa de empleo, se refiere al subsidio extraordinario por desempleo]... Estoy en el mercado laboral, y bueno, ahí. He trabajado en colegios, guarderías, casales de verano..., como barrendera...».

Respuesta al tercer periodista:

«Yo no entiendo por qué no me dan la posibilidad de alquilar este piso, no me dan opción. No hay manera, yo llamo al 012 y al 010 [servicio municipal de atención telefónica] y no hay manera... No me puedo presentar sin cita previa, y no me dan cita.

Se van pasando la pelota unos a otros, y no hay manera, no puedo pedir cita en ningún sitio, no quieren verme la cara...».

El perro, *Odín*, ladra. No es peligroso, pero mejor no molestarle. Yolanda: «Me dicen que me las apañe con el perro, pero él se queda conmigo para toda la vida, es el que ha estado ahí, me ha ayudado a superarme, a estar mejor».

La cacatúa carolina, *Micaela*, repite el sonsonete: «Odín mío, Odín mío».

El canario, en el fondo de la jaula.

«Los iba a volar...»

Quiere decir soltarlos, abrir la ventana y que echen a volar.

FICHA DE YOLANDA NIÑO:

Datos personales:

Separada de su pareja

Antecedentes:

«Estoy en Rasos de Peguera, 15, desde hace siete años.

Antes vivía en otra casa de ocupa, en Torre Baró. Tenía humedades y mi hijo sufría de bronquitis».

Descripción:

El piso de Rasos de Peguera forma parte del programa Reallotgem, de l'Agència de l'Habitatge de Catalunya, por el que «se captan» viviendas para personas en situación de emergencia económica y social.

Lo que se salva de la quema:

«Estoy recogiendo los juegos de los niños y las fotos, y la ropa; lo demás me da igual».

Ha vaciado el armario.

Yolanda dice:

«Aprendes a gestionar los miedos, la angustia, pero es muy difícil, muy difícil...».

Dice:

«Somos pobres en dinero, pero ricos en amor».

Reportero Jesús se despide de ella.

Mañana, 25 de enero, a las 10.30 horas, la asaltarán los policías de las boinas y los jueces y las juezas con mentalidad cerril –sin margen para la mediación y sin imaginación–; puede ser que no tengan otra cosa que hacer que asustar a las familias de bajo coste.

Yolanda se echa el dedo a los labios: «Chis».

No quiere que digamos la verdad.

«Ellos no saben nada, tienen que crecer felices y sin problemas.»

A sus hijos, extrañados por el ajetreo de cajas, les ha dicho que van a fumigar el piso.

Placa «Amb veu de dona», del Pla de Barris de l’Ajuntament de Barcelona, colocada en los patios del edificio, en el número 15 de la avenida de los Rasos de Peguera: «Partimos de un proyecto educativo en el que las y los jóvenes del barrio son los protagonistas. Deseamos que el mundo en el que van a vivir esté basado en la igualdad, el respeto y la generosidad».



JOVEN SIN UN PUTO DURO

ZEUS

Zeus, rey de los dioses.

En *Diálogos de los dioses*, el sofista Luciano transcribe a Zeus: «Yo soy el rey de todos los dioses».

Algo así como Notorius Big entre los raperos.

Puesto que es el amo S. M. I. del Olimpo, puede hacer lo que le dé la real gana: se transformó en sátiro para tirarse a Antíope, hija de Asopo, que ni por asomo reconoció al miserable caracterizado como en *Tu cara me suena*; se transformó en toro para acostarse con Europea, que parió cincuenta países, el más grande de ellos, Rusia; se transformó en lluvia de oro para penetrar a Dánae y darle un posado a Tiziano; se engalanó como un cisne para seducir a Leda, a la que la mitología trata como una guarra que se mete en la cama

con cualquiera. Por último, se disfrazó de águila para forzar a Ganímedes, porque Zeus no se andaba con medias tintas: le iban los bis, los binarios y los no binarios, las lesbianas trans y los homo.

Si en lugar de Zeus hablamos de El Capital, la fábula se entiende igual.

El capitalismo hace y deshace a su antojo.

Ahora, en esta Barcelona de carroñeros, se ha transformado en buitre y en *fondo buitre*. Para abusar de la media docena de jóvenes vecinos de la finca número 33 de la calle de Magalhaes, en el barrio del Poble Sec.

«El antiguo propietario murió hace unos años y en noviembre pasado compró el edificio [cinco pisos, dos puertas por planta, bloque de

1965] el *fondo buitre* Workki Co-working, S. L., que pagó unos seiscientos mil euros o por ahí. Vinieron tres tipos que fueron picando casa por casa y nos dijeron que nos tenían que ir y que si no nos íbamos nos denunciarían, que tendríamos que pagar daños y no sé qué. Yo estoy en paro, estoy buscando curro, y aquí estoy de ocupa desde hace unos años», explica el italiano Joven Sin Un Puto Duro número 1 (JSUPD núm. 1), porque prefiere que no dé el nombre.

«Desde hace unas semanas nos están haciendo putadas. Echaron clavos y polietileno [tipo de plástico] en las tuberías. Accedieron a una de las casas abandonadas, en el cuarto, y embozaron todo», añade el Joven Sin Un Puto Duro número 2, norteamericano que teletrabaja en su casita de cincuenta metros cuadrados. También ocupa.

Solo hay un inquilino al corriente de pago (ochocientos euros mensuales que le acaban

de subir a más de ochocientos cincuenta...).

Los jóvenes se defienden: «Estamos dentro de la moratoria», en consonancia con el Real Decreto Ley 8/2023, de 27 de diciembre, por el que se suspenden los procedimientos de desahucio hasta el 31 de diciembre del 2024.

Difícil contactar con Workki... Capital extranjero con sede en Málaga, y con esta actividad: «Planificación, ordenación, urbanización, parcelación, adquisición, planificación, programación, elaboración de proyectos y anteproyectos técnicos e investigación...».

Según los dos chicos, lo que hacen es «acoso y derribo», incluso empleando la fuerza.

Al parecer, y según su testimonio, los de Workki... han contratado los servicios de la empresa antidesahucios Desokupa (jurídicamente, Conciencia y respeto 1970, S. L.), conocida por sus métodos expeditivos a la hora de desalojar pisos.

«Vinieron dos tipos como armarios [uno de ellos levanta las dos manos indicando la envergadura de los sujetos en cuestión] y nos amenazaron.»

El miércoles 20 de marzo, sobre las ocho y media p. m., personal de Workki... y Desokupa, acompañados de un cerrajero, se llevaron la puerta de la comunidad, la puerta del rellano, la puerta de acceso al inmueble, la puerta peatonal de gris antracita.

JSUPD núm. 1.—No os podéis llevar la puerta, eso es ilegal.

Los otros.—Haremos lo que nos dé la gana —según cuentan los treintañeros, que en un principio pensaban que solo iban a cambiar el paño, no que la iban a arrancar de cuajo.

JSUPD núm. 1.—Vamos a llamar a los Mossos.

Dos dotaciones de los Mossos d'Esquadra acudieron a la llamada y, al parecer, se inhibieron. Cometieron una imprudencia, una dejación de

funciones y una ilegalidad, contraviniendo el artículo 9 de la Ley de Propiedad Horizontal, que dice así: «Son obligaciones de cada propietario: respetar las instalaciones generales de la comunidad y demás elementos comunes, ya sean de uso general o privativo de cualesquiera de los propietarios, estén o no incluidos en su piso o local, haciendo un uso adecuado de los mismos y evitando en todo momento que se causen daños o desperfectos».

Oídos sordos.

Se llevaron la puerta y no tienen manera de recuperarla.

No respetaron ni la separación de poderes, ni los tribunales, ni la jefatura del Estado, ni el Código Civil ni «las normas para regir las relaciones humanas».

Como dicen los afectados, «se lo pasaron todo por el fero».

El caso se ha denunciado en la Unitat Antiassetjament de Disciplina de l'Habitatge del Ajuntament de Barcelona,

incluida la «sustracción» de la puerta.

Por eso, desde ese miércoles 20 de marzo, se han organizado, comprometidos con la realidad social y con las nuevas formas de resistencia.

Han iniciado una comunidad en la red social de Telegram y por ahora cuentan con 65 vecinos en el grupo de apoyo. Han hecho un cuadrante para hacer guardias las 24 horas del día. Guardias de

tres y cuatro horas de día y de dos horas de noche. Las de la noche, con café.

Circular del observatorio Stop Assetjament Immobiliari («*Aturem el mobbing immobiliari*»): «Guardias 24 horas para evitar sabotajes y agresiones».

Una señora que vive al lado les ha traído comida en un táper. En un muro cercano, el telepromter de la calle. Grafiti: «Barcelona es un negocio».





EPÍLOGO

LOS SILENCIOS DE JOSEP ROMEU

El matrimonio formado por los barceloneses Josep Romeu y Rosa Surribas, ya octogenarios, traspasó en las primeras semanas de la pandemia del coronavirus, en el 2020. Sus sencillas vidas –caseras–, su inmensa solidaridad –sincera– y su obra doméstica –manual– se exponen en este pequeño homenaje. El orden por encima de todo.

«El orden depende de valores extremadamente personales sobre cómo uno desea vivir.»

La consultora Marie Kondo escribió esta frase en el *bestseller* *La magia del orden*.

La japonesa de moda utiliza el método KonMari para desentenderse de cosas que se han convertido en trastos, y para ordenar cosas esenciales que armonizan su vida.

Kondo nació en 1984.

Medio siglo antes, en 1933, había nacido Josep Romeu, que no es japonés, sino del barrio barcelonés de La Bordeta. Nació en la mutua de La Previsión Ferroviaria, que contaba con una clínica propia en la calle de Campoamor, 48, en el Guinardó. Pronto se movería por sus huertas.

Mucho antes que Kondo, Josep Romeu utilizó un método disciplinario para ordenar su casa, en el entresuelo segundo de la calle de Bartomeu Pi, números 29-33, junto a la nueva iglesia de Sant Medir, de estilo gaudiniano, obra del arquitecto Jordi Bonet i Armengol (1960).

«Era bastante pequeña, pero bien construida y adecuada, y todo estaba organizado y dispuesto con pulcritud y

consistencia...», escribe Jane Austen en *Orgullo y prejuicio* al describir la casa del señor y la señora Collins.

Romeu, una institución en los barrios de Sants-Montjuïc, recibió la Medalla de Honor de Barcelona de la mano del entonces alcalde Xavier Trias (CiU), el 26 de septiembre del 2014. Por unanimidad.

Meticuloso. Pulcro. Bondadoso. Josep Romeu se apresuraba por contentar a los demás, de forma altruista y sin compensación. Con una cabeza templada, ovoide, sonreía con la mirada, hecha de ojos efervescentes que caminaban sobre la arena. De boca grande, con dientes de oso y unas mejillas que todavía podrían sonrojarse. De estatura media, parecía colosal cuando hablaba o apalabraba o cuando repartía alimentos entre los más necesitados. No era ni muy alto ni muy bajo, sino de la edad de la gente que creció con pundonor, atributo que se perdió con la globalización y sus consecuencias. Quizás la

marca de Romeo era el mostacho de pintor francés en Montmartre, un socarrón bigote de gato persa. Bajo este bigote, decimos, la boca que se abría como una persiana automática, siempre por lo sustantivo y excelente.

Vestía Romeu el gec de los menestrales, signo de humildad. Camisa verde o de cuadrillos enamorados, confeccionada de algodón blanco, basta y caliente. Encima de la camisa que también podría ser azul cielo o gris grisú, un chaleco de cartero real. Sin más, el chaleco de la mitad de los abuelos de Cataluña, con dos bolsillos amplios, con trenzados que son espigas que son cepas. El chaleco de lana se cerraba con botones que parecían pomos minúsculos.

Encima de la camisa y del chaleco de caballero, una chaqueta corta también de lana, forrada de punto. De esas que dicen de borrego, con el cuello doblado o incluso sin él. En ocasiones, con un jersey verde.

Los pantalones de Josep Romeu eran los mismos pantalones de pana que nunca fueron *fashion*, que encontramos en los pueblos, en las tiendas Humana («*Second-hand*») y Vinted («*Vende ràpido tu ropa*»). Los pantalones de los hombres resueltos que bajaron de la luna para tener los pies en el suelo; los demás, los hijos, seguimos en la luna, mirant de ficar-la al cove.

Los zapatos... Cambió los zapatos por un calzado más cómodo, unas zapatillas Kelme («*Instinct*») apreciadas por la suela de goma.

De tal guisa, Romeo se desplazaba por las calles que rodean su casa. Un lobo bueno, que vigilaba los pasos de cebra para que los niños no los cruzaran a toda prisa, que atendía al comerciante recién llegado para hacerle sentir más a gusto, que charlaba con las vecinas mayores que él.

En la esquina de la calle de la Constitució con la escuela Sant Medir, frente al monolito dedicado a Mossèn

Amadeu Oller, bajo el olivo plantado en 1998, estableció su despacho: «el despacho del alcalde». En uno de los bancos verdes de listones planos del estudio de diseño Santa & Cole («*Una forma de vivir con una mirada única*»), tocando la pared de la Sala Nova, pasaba mañanas y tardes, a horas convenidas. Se juntaba con uno y otro, se enteraba de los asuntos perentorios y de los más absurdos. Veía pasar los coches, los carritos y el autobús de la línea 91 (Manso-La Bordeta) que tanto le costó retener; durante unos años, el consistorio planteó suprimir el trayecto, y José se erigió en portavoz de la gente de avanzada edad, ofendida: sin el bus que iba al centro de atención primaria de Manso (Manso, 19), peligrarían las radiografías de las caderas, las pruebas de conjuntivitis y las visitas con cita previa o sin cita previa.

Josep intervino, intercedió, acompañó a los técnicos municipales y les propuso alter-

nativas. Por último, el auto-bús no se movió de sitio.

Romeo se recogía hacia las ocho de la tarde, según el tiempo bonancible y la época del año. Le gustaba charlar también con las nuevas generaciones, con las chicas en flor y los aprendices de hechicero. Le adoraban los muchachos de Sants 3 Ràdio («*La radio de Sants-Montjuïc*»), que instalaron la antena y la redacción en el campanario de la iglesia. José convenció al párroco Francesc Vilamala para que les cediera los últimos pisos, dejados ya de la mano de Dios. En la quinta planta hacía la siesta el director del Cuadro Escénico de Sant Medir, Josep Planas. En su día, en los años de plomo, el campanario de Sant Medir acogió a los luchadores y otros proscritos. Le reconocen la aportación los locutores Oleguer Forcades («tenía una especial manera de dar proyección a los jóvenes») y Albert Torras («un hombre entrañable»). Y como ofrenda, José siempre ha sido

invitado a las tertulias de los programas matinales, durante más de veinte años. «Lo agradezco [...], unas amistades tremendas», se emocionaría el colaborador de mayor edad de la emisora.

Josep Romeu nos dejó el 28 de abril del 2020, 27 días después de su 87 aniversario.

«No sabemos de qué murió, quizás del coronavirus, pero no supieron decírnoslo. Él tenía mal los riñones, y una vez en el hospital ya no salió», se resigna una de sus hijas.

Le dolían las piernas, tenía tos, iba cansado. Se le ahogaron los pulmones. Se ahogaba, lo que aparece en el libro *Moby Duck*, del periodista estadounidense Donovan Hohn: «...cuesta no pensar en ahogarse. No solo de pensarlo, sino de imaginar: la sacudida del frío al impactar contra la superficie, el peso de las ropas empapadas que tiran de ti hacia abajo, el agua salada que te entra por la nariz hasta los pulmones, la oscuridad

que te espera debajo, la luz que va menguando a medida que bajas».

«Pasó unos veinte días ingresado y le fueron administrando morfina hasta que se le paró el corazón. Así que la versión oficial es que murió por paro cardíaco, pero quién sabe», dice Marta (1974), una de sus cuatro hijas.

El resto de hijas se llaman Carolina, *Caro* (1960); Ester (1962) y Eulalia, *Laia* (1972).

José se despidió del mundo el 28 de abril del 2020.

Un mes antes de que muriera uno de los vecinos más ilustres de La Bordeta, el 29 de marzo, se fue su esposa, Rosa Surribas, que nació dos años después que su marido, en 1935.

Un tuit se hizo viral en el distrito de Sants-Montjuïc.

Sus hijas, Carolina, Ester, Laia y Marta Romeu i Surribas, yernos, nietos, nietas, hermana, cuñada y bisnietos, os informamos que el pasado 29 de marzo

nos dejó la madre, y hoy, 28 de abril, nos ha dejado al padre. Agradecemos todo lo que han hecho por nosotros.

Reportero Jesús dio cuenta de ello en el artículo «Las calles, vacías», en la revista local *La Marina*, de los barrios de La Marina-Zona Franca:

El 28 de abril, nos dejó el «alcalde» Josep Romeu. Su mujer, Rosa Surribas, se había ido justo cuatro semanas antes, también de covid.

Romeu había sido aprendiz de panadero, y después había trabajado en Hispano-Olivetti desde 1961, y coleccionaba sellos de países y monedas que intercambiaba en el mercado de numismática y filatelia de la plaza Reial.

DEP

En los inicios de la pandemia en España, y en cuestión de un mes, un matrimonio de ancianos traspasó. Como tantos matrimonios y tantos difuntos.

Josep Romeu y Rosa Surribas se casaron el 8 de septiembre de 1959 en la iglesia vieja de Sant Medir, en el pasaje de Toledo, 12, donde hoy hay un equipamiento vinculado a la parroquia.

Él, con cara de niño que nunca ha roto un plato; ella, de ojillos azules, como una princesa de cuentos medievales.

Se casaron y, en 1963, se fueron a vivir a uno de los pisitos que el Gobierno de Madrid construyó años después del Congreso Eucarístico (1952).

Y tuvieron a sus cuatro hijas, y tuvieron ocho nietos y cuatro bisnietos, el último de ellos, Uma, que se debatió entre la vida y la muerte hasta que le hicieron un trasplante de corazón.

«Creo que mis padres se fueron con la pena de no saber si Uma sobreviviría», dice otra de sus hijas, Caro.

Uma salió adelante, salió adelante.

Uma vive.

En la casa de Bartomeu Pi, donde Romeu pasó seis décadas, se conservan las huellas de su tiempo, el tiempo de las aficiones y las manualidades, lo que responde a otra sociedad menos materialista, más sencilla.

«El tiempo es una de las pocas cosas importantes que nos quedan», dijo el pintor surrealista Salvador Dalí (*La persistencia de la memoria*).

«Los domingos por la tarde, que nadie le molestara. Mi padre ordenaba los álbumes de sellos y monedas y lo clasificaba todo», dice otra de sus hijas.

La casa de Josep Romeu y Rosa Surribas está ordenada con sus cimientos, que son sus líneas vitales y su ideario. El orden como centro existencial.

La cocina, niquelada, con Fairy («*Original*») sobre el mostrador. Botes de romero, tomillo, lavanda.

El lavabo, impoluto, con el jabón de manos protector Deliplus («*Con avena*»).

El pasillo, estrecho, con las cuatro barras de la bandera, regalo de su padre, Pepet.

El recibidor, austero, con una acuarela donde se divisa una forma parecida a la deliciosa planta que algunos llaman costilla de Adán.

El orden en un tiesto.

A continuación, la habitación de Josep, el comedor, la habitación de Rosa, la habitación de costura, la habitación de invitados y la despensa.

El orden en un tiesto.

EL ORDEN EN LA HABITACIÓN DE JOSEP ROMEU: ROBERT REDFORD

Hijo de la obrera Francisca, Romeu conservaba el olor de los tintes que se aplicaba a los trapos en la fábrica de Manufactures Serra i Valet (Begur, 44), en las naves modernistas que hoy acogen el Club Esportiu Mediterrani («*Carácter auténtico*»).

Hijo del ferroviario Pepet, Romeu guardaba en un es-

tante la maqueta de una locomotora de vapor y fumarolas como las que llegaban a la Estación de Francia durante los últimos días del reinado de Alfonso XIII.

Josep mantuvo una gran pasión por la filatelia, resultado de husmear en las sacas de cartas en el vagón de Correos, donde subía para acompañar a su padre ferroviario.

Series completas de sellos: «Serie impresa, sellados con pentágono y tipo moneda».

Caras de emires, primeros ministros y plenipotenciarios mandatarios, entre ellos el hombre fuerte de Indonesia.

El padre de Rosa Surribas se llamaba Pepito y era escultor.

Pepet y Pepito.

La habitación de Josep Romeu, pequeña, tiene las medidas del alojamiento de Denys Finch, Robert Redford en *Out of Africa* («Tiene libros preciosos», apuntaría Meryl Streep en el papel de Karen Blixen). Caben una cama, una mesita de noche, un armario ropero, un escritorio

y un secreter construido con sus propias manos.

Y libros y libretas y casetes y cedés y muchas colecciones ordenadas de pies a cabeza.

El cuarto de Josep Romeu late como un corazón sobrio, saturado de vínculos. Vigoroso. Se entra desde el refectorio, de uso común. Desde el umbral de la puerta se observan las montañas de recuerdos, con los títulos de voluntariado, las pirámides de devedés y las arboladas chapas de cava.

Las chapas y las placas de cava se ensalzan en un plástico que decora uno de los huecos de la pared. Placas espirituosas, de Bach (*Extrísimo Brut Nature*), Segura Viudas (*Brut Reserva*) y Anna de Codorníu (*Botellas Magnum*), con estrellitas, con estilizadas familias tipográficas.

La cama de Josep Romeu es una colchoneta que podría pasar por una etiqueta de código de barras, con la colcha listada de barras grises y blancas. Dormía el plácido sueño de los hombres que se confor-

man con las leyes naturales, que son las leyes de Dios.

En esta cama, junto al mueble acordeón con las carpetas de sellos y anillos y esquelas —la muerte forma parte de la vida—, Romeu ha ideado nuevos ordenamientos para sus juguetes de adulto: las monedas, los trenes, los tiques de cualquier clase de papel y recorrido.

Sobre la cama, ya de día, fue abriendo numerosos álbumes y escribiendo en hojas cuadrículadas los códigos ultrasecretos para la taxonomía. Al igual que pauta las sinfonías el compositor Hans Zimmer (*Chevaliers de Sangriel*), Romeu señalaba los guiones y ceros. Por ejemplo, en una hoja cualquiera puede quedar anotada: «Fotografías plastificadas. De 106 a 156», con fecha, rúbrica y unos puntitos hechos con bolígrafo.

Sobre la cama, otra carpeta abierta dejará entrever fotografías antiguas de sus alrededores, de cuando Josep era un chiquillo escuálido con aspi-

raciones y unas pesetas en el bolsillo. Por ejemplo: «En primer término, las dos vías colgadas del metro en la calle de Badal, actualmente Rambla Badal. Foto tomada desde La Bordeta (años 1950-1951)».

O esta otra: «Un buen lugar para descansar. Cruce de las calles de Sagunt y Manzanares-Andalucía, en verano del 2001». En una pegatina, la nota encriptada: «Del número 1 al 105. Faltan 48 y 84».

Sobre la cama, el álbum de sellos abierto, con las partes bien diferenciadas: los usos, los márgenes, los valores faciales, el año de emisión, el motivo, el nombre del país, el nombre de los artífices y el dentado.

Sellos de El Vaticano, de 1968, de algún Papa Pablo anterior a Juan Pablo II. Sellos de países exóticos y no tanto: sellos de Liberia, de Checoslovaquia, de Hungría, de Rumanía, de Mongolia, de Estados Unidos, de la URSS de los planes quinquenales... Sellos de los años cincuenta y

sesenta, y con las numeraciones que Josep Romeu les dio, números que pueden ir del veinte al sesenta y duplicarse.

Sellos de más países a los que nunca viajó: de Paraguay, Ecuador, China, Japón, Suiza...

Álbumes con monedas y más monedas, redondas y plateadas y de reyes y de repúblicas plebeyas. Monedas de Alemania, Bélgica, Portugal, Grecia, Austria, Irlanda, Holanda, Italia, Francia, Luxemburgo y España, todas en sus plásticos de invierno.

Al lado de la cama tornasolada de franjas negras y blancas un mueble que se mueve como un acordeón, hecho a mano. Una especie de cómoda que podría competir con los productos de escritorio Bisley MultiDrawer («*La solución elegante para quienes deben ahorrar espacio*»).

El mueble de Josep lo ha adaptado para que los clasificadores de negra prestancia se estiren a la perfección. Estos son los títulos:

fotos con políticos-personas públicas, recortes de escritos y fotos de los diarios, recortes, diplomas de la emisora Sants 3 Ràdio, etc.; cartones de latas de conserva, briks de leche, vino, sardinas, turrone, de Gallina Blanca..., de todas las marcas; cartas de reconocimiento, diplomas, agradecimientos varios, recortes de periódicos con mi nombre; billetes de metro, tranvía y tren a varios sitios, ido yo; postales de san Beat de Liébana y otras pinturas; esquelas, catalán tarjetas de visita y comerciales; postales de Barcelona antigua y modernista, anillos de puros; etiquetas de licores, cerveza, agua, café, judías, garbanzos, aceite, mermeladas, ensaladas... de todo tipo; etiquetas de vinos y licores; entradas cine, carnés rosa, CAP, Renfe, varios de todo, acreditaciones; máquinas de trenes, funiculares, tranvías, cremalleras, autobuses; calendarios; [Fundación] Aspace [asociación centrada en la parálisis cerebral] (1990-2003); carátulas de película; sellos y tarjetas de

teléfono; sobres; lotería desde 1997; ONCE...

Encima del mueble colosal, libros y folletos, además de la colección sobre la Guerra Civil en Cataluña. Y un ejemplar testimonial de *Barcelona, pam a pam*, de Alexandre Cirici («La parte más alta del antiguo Mont Tàber es el núcleo de Barcelona»); un recordatorio de Empúries junto a un bote de colágeno y magnesio; el Diccionario de la Lengua Catalana y los cinco vídeos que la revista semanal del Grupo Zeta *Interviú* sacó con la historia del siglo xx: «Este libro no pretende otra cosa que servir de apoyo fotográfico y literario a los seis vídeos sobre el siglo xx que *Interviú* ha ofrecido en las últimas seis semanas. Su título es pretencioso y exagerado, pues, por mucho que se apriete, 93 años no caben en 132 páginas».

Los 87 años de Josep Romeu tampoco caben en unas cuantas páginas.

En el estante que toca el techo, las matrices de enorme longitud, ladrillos que por su peso pueden vencer las tablas: *Un siglo en la vida de España. Ocio y vida en el siglo XX; El paseo de Gràcia; Recuerdos de Barcelona...* Y debajo, entregas de fascículos con la prensa que se hicieron populares en su día, como *Desatado y bien desatado*, de *El Periódico*.

Debajo, el catálogo del euro, la información de billetes cotizables y 13 álbumes de fotos, incluidas las de los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992. Y dos carpetas de anillas: la primera con «50 carteles reducidos de la guerra civil más 132 sobres de sellos de primer día de circulación», y la segunda con «papeles, notas escritas de mi padre, documentos, facturas, otros papeles interesantes, curiosos, varios muy antiguos».

En segundo plano, la figurita de un gatito japonés de la suerte.

El economista y justiciero Arcadi Oliveres (*Quin futur*

imaginem) contestó en una de las últimas entrevistas que concedió: «Me gustaría ser recordado como una persona que quiso trabajar por la equidad, la justicia, los derechos humanos, el bienestar social».

Así, nada menos, es recordado Josep Romeu, con los ojos de angora y el bigote del filósofo Albert Schweitzer (*Reverence for life*): es bueno todo lo que favorece la vida.

Las aficiones favorecen la vida.

En 1937, el escritor y periodista literario Felipe Alaiz publicó un maravilloso panegírico: *Vida y muerte de Ramón Acín*, sobre el pedagogo y artista anarquista de Aragón, fusilado por los facciosos en los inicios de la contienda.

«Acín era un hombrecito de ciudad. Como yo, llegaba del campo, tenía el pelo de la dehesa muy tupido. Era tozudo y callado. Desobedecía cachazudamente a todos. Cuando el director del colegio me anunciaba castigos tremebun-

dos, pensaba yo que no llegaría la sangre al río. Este procedimiento de rebajar las penas era muy socorrido para que llegara un indulto a tiempo. La serenidad desarma a los tiranos», describió en el capítulo tercero. Y más adelante: «El arte de Acín era personal. No tenía estilo comercial. Tal vez no tenía sus días, sino más bien sus horas».

A su manera, Josep Romeu era otro anarquista como Ramón Acín, de quien quedan en la Rambla del Clot de Barcelona la escultura de los pajaritos que le salieron como un suspiro de hierro.

A su manera, Romeu ha viajado y rodeado el mundo, ha navegado a bordo del *Endeavor* y ha recitado los versos de Serrat (*Romanços tendres*).

A su manera, Romeu ha tenido mil y una aventuras sin haber salido de sus límites, como Don Quijote en La Mancha y Emilio Salgari en Sumatra.

A su manera.

«... *Tal vez no tenía sus días, sino más bien sus horas.*»

Clásico, de cuarzo, plateado.

El reloj de pulsera, mezcla de Reservoir y Duward, marca las horas en el primer cajón de la mesilla de noche. Las horas pasan aunque nadie las ocupe.

En el primer cajón también están los pañuelos extrasuaves de Consum («*Juntos*»), y los medicamentos de su edad y condición: dos paquetes de enalpril (120 comprimidos) y de simvastatina (28 comprimidos).

En el segundo cajón, la tarjeta multiviajes metropolitana T4, una maquinilla de afeitar desechable, cinta adhesiva Scotch («*Magic*»), clavos y candados y hebillas, y munición Fiocchi («*Tradizione e modernità*»). Posiblemente, el apego a las balas le venga de haber visto fusilar a una docena de rojos en el Campo de la Bota de Barcelona, cuando era un chinorri que se escabullía por el Somorrostro de

chabolas. Aquella tarde que se calló incluso el mar, recogió tres balas de calibre 88 que siempre atesoró, que nunca fueron disparadas.

«Yo quiero creer que uno de ellos no disparó y echó las balas a la arena, o que la ametralladora se encasquetó y la bala saltó. [...] Llevo en el bolsillo la vida de tres personas», traga saliva.

Denuncia número 8 del libro *Barcelona denuncia. Doce denuncias sociales. Testigos directos/indirectos de delitos, infracciones y hechos deleznable*s, de Reportero Jesús

Pegado a la mesita frondosa, dura y pesada, el armario de madera de haya o roble de doce puertas, con los chalecos centenarios, el pantalón de pana de la melancolía y unas camisas de cuello americano, de cuadros. En medio de las pértigas, las bolas de naftalina. Los vestidos, dentro de la funda transparente contra el polvo. En un estante, las toallas blancas de baño, sólidas,

esponjosas y rizadas. Y ya fuera, cerrada la puerta, el galán de noche, de metal negro.

La urna con las cenizas de Josep Romeu, en su armario.

Del armario grande pasamos a otro pequeño, y en este armario supletorio, con seis bocas de riego en lugar de cajones, más colecciones para la posteridad.

Un calefactor.

El cartel de una charla sobre inmigración, de 1974. El ponente, el escritor Paco Candell (*Els altres catalans*).

Los diplomas, bien enmarcados...

De los Paralímpicos: «En señal de reconocimiento y aprecio a Josep Romeu Redondo por su contribución al éxito de los IX Juegos Paralímpicos de Barcelona'92». El alcalde Pasqual Maragall le convocó en Sant Jaume para felicitarle personalmente: Josep fue uno de los tres voluntarios de toda Barcelona con más dedicación.

De Cruz Roja, que antes tenía instalaciones en la calle

de Olzinelles: «Diploma de agradecimiento a Josep Romeu Redondo como muestra de gratitud y reconocimiento por su colaboración altruista como voluntario de Cruz Roja».

De la familia: «Diploma de agradecimiento a Josep Romeu Redondo que, con insistencia y dedicación, nos ha dado a conocer el tomillo, el romero, la ajedrea y el buen vino. Haciendo gala de su apellido y caminando de forma constante, nos ha enseñado caminos y senderos, viñedos, almendros y pinos piñoneros. Y qué buenos sus garbanzos, sus habas, las sardinas escabechadas y los tradicionales arenques. Muchas gracias, padre, abuelo, suegro, etc.».

De la asociación de voluntariado para la integración cultural y social de personas con discapacidad Auxilia: «Don Miguel Soriano Sánchez, como presidente del consejo directivo de Auxilia, a propuesta de la Coordina-

ción General de Enseñanza a Distancia, en nombre propio y en el de su voluntariado y usuarios, distingue, homenajea y reconoce como socio de honor al señor Josep Romeu Redondo por su continuada trayectoria de compromiso y dedicación hacia las personas con discapacidad».

De la Federación Ecom: «Agradece públicamente la contribución desinteresada de Josep Romeu Redondo para la mejora de la calidad de vida de las personas con discapacidad».

Entre los diplomas y los certificados de reconocimiento, un par de fotografías del marinerito Romeu en la Base Naval de Baleares, cuando la mili, previo paso por Cartagena, donde sirvió haciendo labores de intendencia. En las fotografías se ve a Romeu con una sonrisa de oreja a oreja y su uniforme blanco immaculado.

«No cabe duda de que lo mejor de la naturaleza humana puedes encontrarlo

en un marinero», afirma el republicano irlandés defensor de los campesinos Peadar O'Donnell.

Saca del cajón de la cómoda que tiene delante las cintas pintadas durante el servicio militar, en Mallorca, entre 1953 y 1954. Cintas de todo tipo y de cualquier condición, para todos los gustos de cualquiera que las vea: «Vecinos, cariñosamente» y «Si esta quieres guardar, deja tus labios besar», y en vez de la palabra *labios*, el dibujo de unos labios carnosos y pintados de rojo. Y otra cinta con los dibujos del Gallo Panchito, el Loro José Carioca y el Pato Donald, hechos con cuidado y mucho amor.

*

«La realidad social de los inmigrantes en nuestros barrios», titulaba la revista *L'Informatiu de Sants, Hostafrancs i La Bordeta* en la portada de marzo del 2001.

La fotografía ilustraba la Tancada d'Inmigrants en la iglesia de Sant Medir, acción que se repitió en numerosos centros de culto de Barcelona; el epicentro se encontraba en la iglesia del Pi, en Ciutat Vella.

La fotografía en cuestión fue tomada por Josep Romeu, que era uno de los muchos angelitos que durante estos días asistieron a los nadie, los nadie que sufrirían de tuberculosis. En la imagen, una treintena de hombres de varios orígenes (Pakistán y Bangladesh, sobre todo) levanta pancartas reivindicativas para respirar esperanza: «¡Justicia social ya!», «¡Papeles para todos!» y otros reclamos en varios idiomas.

En la publicación, el reportaje ponía los puntos sobre las íes: «La situación se ha agravado desde la entrada en vigor de la nueva Ley de Extranjería, el miedo a una expulsión inmediata ha empujado a los sin papeles de Barcelona a encerrarse en las parroquias

y protagonizar una huelga de hambre».

Compañero de Josep de entonces fue el activista vecinal Just Arrizabalaga, vecino también de La Bordeta y con ciertos conocimientos de medicina. Just tomaba la tensión de los sijs, por lo que los miembros de esta religión le llamaron «Doctor».

En uno de los cajones del mueble que hay frente al lecho de Josep Romeu, la cartografía de la Tancada d'Inmigrants: álbumes en los que se recogen las prisas y los pronósticos y los sucesos de la incipiente primavera del 2001, que derivó en una pequeña rebelión contra el partido que gobernaba España, el Partido Popular de José María Aznar.

El álbum número 43 («lleno») tiene las siguientes pegatinas: «Inmigrantes Santa Maria del Pi», «Inmigrantes Via Laietana-Sants», «Inmigrantes Sant Medir».

Caras como espuelas, con el brillo de la fe en un mundo

mejor, caras de espera ante lo que está por venir, de resolución y desprendimiento.

En el siguiente álbum, «todo son flores en la calle Major», con retratos de la fiesta de Sants, calles engalanadas para la ocasión. En multitud de instantáneas, Josep inmortalizaba a los grupos, afición que nunca perdió: «La concejal de Benestar y Gent Gran más tres de la Cruz Roja». Y más fotos de un viaje a Madrid en octubre del 2009: «Alcalá de Henares, el niño del grupo»; «El autocar con elevador especial y el chófer»; «Buen rollo con la gente de Alcalá de Henares»; «Ocho de Cruz Roja de Alcalá y dos de Barcelona»; «El compañero Santi...», etcétera.

Caras amistosas, de bonhomía, penetrantes, festivas y sinceras. Caras de aquí me tienes para lo que sea necesario.

Y más fotos, en este caso del viaje que Josep hizo a Santiago de Compostela, el 27 de abril de 1995. Se ve cómo Josep le da la mano al rey padre,

Juan Carlos I: «El Rey, la Reina y Josep Romeu», rodeado de masas que vitorean en la plaza del Obradoiro.

Álbumes FotoPrix («*Regala fotos para el recuerdo*») y álbumes Jordi Bas Foto («*Número 1 en foto*»), negocio que cerró en el 2018. Otras imágenes de otros viajes: «Sant Francesc, 23.IV.2012» y «Ya estamos en los Pujols, 23.IV.2012», en referencia a las cristalinas aguas de la playa de los Pujols, de Formentera, donde pasó unos días con una de sus hijas, Ester.

Y más álbumes de lomo dorado y lomo color frambuesa, imitando los cueros y las ediciones de la Renaixença.

Uno de los temas: «incivismo vía pública», fotos de la basura de un inmueble que sufrió un ictus, un desahucio o una defunción: muebles desmontados, sillas sin patas, colchones y libros tirados y destartalados de por medio, los mismos libros que Rosa y Josep han leído en sus años de casados.

Cerca, en una vitrina, la magia de los pins, las insignias que se pusieron de moda tras los Juegos Olímpicos: del Club Super3; de Petra, la mascota de los Paralímpicos de Barcelona; de Micky Mouse...

A la vuelta de la esquina, monedas de euro en una hucha abierta, y una frase en francés a medias: «*À l'aventure choisir une destination!*».

A la vuelta de la esquina, filmes en cedé y VHS: *El silencio de los corderos*, de Jonathan Demme; *The Full Monty*, de Peter Cattaneo...

Habla Josep, transcribe el amigo periodista Albert Torras:

«Subir a la montaña era una forma, en aquellos años complicados del franquismo, de esparcirse y apartarse de una Barcelona grisácea, miserable, oscura y poco atractiva para los jóvenes. Solo teníamos la naturaleza, donde parecía que nunca había pasado nada y la historia no tenía razón de ser, y donde la represión no exis-

tía, y donde la gente era feliz, sincera, llana, iguales todos. Y si no estabas en la montaña, teníamos el cine. Acabé siendo muy cinéfilo».

El orden de Josep Romeu, clasificados, tarjeteros, moneaderos. Películas:

El tercer hombre, película de Carol Reed (1949)

El pianista, película de Roman Polanski (2002)

Indochina, película de Régis Wargnier (1992)

El conde de Montecristo, serie de Joséé Dayan (1998)

La joven de la perla, película de Peter Webber (2003)

Amélie, película de Jean-Pierre Jeunet (2001)

Cyrano de Bergerac, película de Jean-Paul Rappeneau (1990)

Junto a las películas, el disco *Un pont de mar blava*, de Lluís Llach:

Et deixo un pont de mar blava
que va del somni fins els teus
ulls,
des d'Alcúdia a Amorgos,

del teu ventre al meu cor.
Et deixo un ram de preguntes
perquè t'emplenis els dits de
llum

com la que encén l'esguard
dels infants de Sidó.

Un pont que ajudi a solcar
la pell antiga del mar.

Cerca, las gafas de ver de lejos y las gafas para ver de cerca.

Cerca, una minicadena Sony («*Extra bass*»), con una pletina.

Las libretas lisas Enri («*Cuadernos y blogs*»), material para sus notas.

El Tipp-Ex («*Rápido*») en un recipiente de madera Islas Lofoten, por el archipiélago de Noruega.

En una caja de habanos Partagas («*Flor de tabacos*»), lápices Staedtler Noris («*Reinventando el lápiz de siempre*»).

La grapadora de oficina, servicial.

Si el poeta Walt Whitman (*Hojas de hierba*) hubiera pisado la cueva de Josep, sacrosanta capilla, habría visto que

las películas no son menos que el firmamento, que la cajita de puros es un canto de amor y respeto, que el Tipp-Ex es tan solemne como una recepción en el Palacio Real, que las libretas Enri dignifican tanto como los Plutarco y los Ovidio, que la minicadena bien valdría una sonora cantata, que las gafas podrían devolverle la vista a cualquier ciego de los Evangelios, que las manos de Josep Romeu están cubiertas de hierba, de nata y de verdad. Que el universo puede graparse.

Que levita la máquina Olivetti Pluma 22, de color ópalo.

Olivetti...

Un pequeño artefacto de guerra con el que Josep picaba las letras, un pianoforte feroz y bohemio.

En el escritorio de Josep, junto a la cama, y frente al armario que detesta, la máquina de escribir Pluma 22 se convierte en una preciosidad de la Europa de los espías. Retrotrae a las escaramuzas a ambos

lados del Telón de Acero, a las crónicas de última hora y a la hoja en blanco de los novelistas viscerales.

Josep trabajó casi treinta años en Olivetti («*Design meets Technology*»), en la Gran Via de las Corts Catalanes, que en la posguerra había sido rebautizada como Avenida de José Antonio Primo de Rivera, en recuerdo de El Ausente. Una de sus compañeras era Roser Munter.

Con esta carcasa, Josep ha escrito lo indecible, ha empujado el carrete, ha gastado las cintas, ha castigado el tabulador, ha tecleado retrocesos y ha visto agonizar el rodillo.

Entre otros papeles, ha escrito los pies de foto de los álbumes. Por ejemplo, la indicación: «Inmigrantes Santa Maria del Pi».

También ha escrito los teléfonos móviles de Rosa, Paqui, Carolina, Ariadna, Guillermo, Ester, Laia, Enrique, Marta, Juan, Marcos, Eloi, Natalia, Aleix y Dani, entre otros.

También ha escrito las identificaciones de los recordatorios de bodas, bautizos y comuniones: «Catalina Galobardas Enseñat recibió su Primera Comunión en la capilla de la escuela Madre Alberta el día 20 de mayo de 1973. Palma».

También ha escrito pequeñas, papeleo, facturas: «Póliza seguros Catalunya-permisos de armas de foguero-recibos de pagos de la fachada y azotea-papel sindicato uso-bancos-despedida Olivetti-caldera-testamentos-empadronamiento-extractos-bodas-pensionista-papeleo de los costes de varios años del piso-seguro del entierro de la familia-libro de familia-Caixa de Catalunya y libretas actuales y caducadas...».

Particularidades con numerología extraña, como un caligrama de jeroglíficos.

Hoy, una Olivetti Pluma 22, la misma que durante setenta años ha sido la particular computadora de Josep, puede encontrarse en Wa-

llapop («¿Qué estás buscando hoy?»). Por 35 euros: «Máquina de escribir Hispano-Olivetti Pluma 22, *vintage* años 50. La máquina de escribir viene con su funda original. Además, en tinta doble color, negra y roja».

Junto a la máquina de escribir, un apoyo para la música, la banda sonora de una vida entera: Charles Aznavour (*Viens pleurer au Creux de mon epaule*); Edith Piaf; los éxitos de Frank Sinatra (*Strangers in the night*); *Madama Butterfly*, de Giacomo Puccini; los éxitos de Luciano Pavarotti (*Nessun dorma*); los éxitos de Glenn Miller (*Chattanooga Choo-Choo*); los éxitos de Josep Carreras (*Il Corsaro*); los éxitos de Nat King Cole (*St. Louis Blues*); Dúo Dinámico (*En forma*); valeses y polcas; *El lago de los cisnes*, de Piotr Ilich Chaikovski; adagios y avemarías; los éxitos de Marvin Gaye (*Pride and Joy*); *Concierto de Aranjuez*, de Joaquín Rodrigo; los éxitos de Antonio Machín

(*Ángeles negros*); los éxitos de Louis Armstrong (*Muggles*); los éxitos de Nino Bravo (*Un beso y una flor*), Tomeu Penya (*És per tu*) y Ramón Calduch (*Catalunya triomfant*); *Nabucco*, de Giuseppe Verdi, así como *La força del destíno*, *Macbeth*, *Aida*, *Don Carlos*, *La Traviata*, *Otelo* y *Rigoletto*; *Miserere*, de Gregorio Allegri; los éxitos de Georg Friedrich Händel (*El Mesías*); los éxitos de Herbert von Karajan (*Tristany e Isolda*)...

Y la ópera de tres actos de *Turandot*, de Giacomo Puccini.

Y la frase del mallorquín Ramon Llull, colgada con chinchetas: «Si no nos entendemos por lenguaje, entendámonos por amor».

El orden de lo establecido, las partes de lo ocurrido, el baile agarrado.

El orden inalterable, seráfíco, pautado.

El orden universal, lumínico, preciso.

El orden.

EL ORDEN EN EL COMEDOR:
EDGAR ALLAN POE

El rincón de Josep Romeu se prolonga en el comedor, acogedor y recogido.

En el mueble de la casa, los 24 tomos de la *Gran Enciclopèdia Catalana*,

orden

Conducta disciplinada, conciencia de los propios deberes.

La *Gran Enciclopèdia Catalana* marcó el rumbo de los resistentes al franquismo y que mantenían viva la llama de la lengua. En *Las rumbas*, de Juan de Sagarra:

La *Gran Enciclopèdia Catalana* va a ser, es ya, *mi* enciclopedia. Una enciclopedia hecha, en gran parte, por chicos de mi edad, que han mamado en las mismas fuentes que yo he mamado; una enciclopedia en la que vamos a encontrarnos todos; un monumento que nos ayudará a descubrir esta cultura, este país, que se nos ocultó

de niños; un país que ya es, en parte gracias a estos fascículos, algo más que *un poc nostre*.

La verde cuna del tomo 24 (*venu-zyt*) contrasta con el rojo escarlata de los cinco tomos del *Costumari català* («El curso del año»).

Los libros de Romeu y su esposa son los libros que alicatan las paredes de las tiendas de Re-Read («*Librería lowcost*»), jubilados ya y en desuso: *Obras selectas*, de Edgar Allan Poe; *El Quijote de La Mancha*, de Miguel de Cervantes; *Las almas muertas*, de Nikolái Gógol; *Segunda dama*, de Irving Wallace; *Generaciones*, de Cristóbal Zaragoza; *Wilt*, de Tom Sharpe; *Cames de seda*, de Maria Mercè Roca; *El tinent metge Jefferson*, de Marisa Villardefrancos; *La vida privada de Mona Lisa*, de Pierre La Mure; *Carrie*, de Stephen King; *A sangre fría*, de Truman Capote; *Fiebre*, de Robin Cook; *Espérame en Siberia, vida mía*, de Enrique Jardiel Poncela; *¿Arde París?*,

de Dominique Lapierre y Larry Collins; *Archipiélago Gulag*, de Alexandr Soljenitsin; *Viatges i flors*, de Mercè Rodoreda; *Paradis d'orquídees*, de Gabriel Janer Manila; *No sin mi hija*, de Betty Mahmoody y William Hoffer; *Historias de cronopios y famas*, de Julio Cortázar; *Carol*, de Patricia Highsmith; *El temps de les cieres* y *Melindros*, de Montserrat Roig; *Encuentros en la tercera fase*, de Steven Spielberg; *Contrabando blanco*, de Stuart Woods; *Tierna y rebelde*, de Johanna Lindsey, y los libros de oro de Cataluña y las fiestas populares de Cataluña y el juguete en Cataluña y el libro de la salud y el libro de la vida sexual y el libro de la mujer.

Ediciones de tonalidades suaves, letra pequeña y escaso margen, para leer con tiempo y sin prisas y en el sillón o en el sofá o en una esquina.

«Tiene libros preciosos», apuntaría Meryl Streep en el papel de Karen Blixen.

Volúmenes que se gastaron y que hoy reposan y esperan

también un final en un cementerio de letras olvidadas como el que sale en las obras de Carlos Ruiz Zafón (*La sombra del viento*).

En medio del mueble, el televisor, pantalla plana. Los cascos para escuchar en estéreo, sobre el vídeo.

Quince documentales de la Guerra Civil en Cataluña (del 1 al 15).

Doce documentales de paisajes de Cataluña (del 16 al 27).

Debajo de la tele, en el primer cajón, los mandos, las pilas, dos velas.

En los cajones del mueble, postales de Formentera, Francia, Alemania, Brasil, Almería, Menorca, Madrid, Italia, la Costa Brava..., de viajes que las niñas realizaron cuando tenían la edad.

Paisajes nevados, ruinas góticas, las montañas en paz.

Cajas de galletas con sellos: de Cuba, de la República Española, de gatos.

En los estantes, sobres.

Cartas abiertas de la Seguri-

dad Social, remitidas desde el Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones.

El manual para combatir rumores y estereotipos.

Agenda de papel con teléfonos y direcciones: Casa México Barcelona (932989...).

La tarjeta del Servicio Catalán de la Salud.

Cajas de cerillas.

Tampones.

Una lupa.

La cola Instant (*«Transparente»*).

Los tarjetones de mandatarios pasados: «Joan Clos, alcalde de Barcelona, y Assumpta Escarp, concejal ponente de Participación Ciudadana, Solidaridad y Cooperación, se complacen en invitaros al acto de entrega del VI Premio Barcelona para proyectos de innovación a la participación ciudadana y fomento del asociacionismo».

Sobre la mesa de cuatro sillas, tapetes blancos.

En la pared de revoco, una dedicatoria bajo una piña, del Club Deportivo Espace: «Jo-

sep, gracias por compartir con nosotros tantos momentos de esfuerzos y alegrías».

La ventana da al patio interior, con sus hiedras, sus guirnaldas y sus trasuntos de bonsái.

En la ventana que da al patio, cactus.

La luz, *art déco*.

Las losetas de Azulejos V. Porcar (*«Materiales para la construcción»*), del color del pimentón.

La vida transcurrió allí parsimoniosamente.

El temps de les cireres, de Montserrat Roig: «No pienses, añadió, que aquí vivimos al día. Hemos cambiado mucho».

EL ORDEN EN LA HABITACIÓN DE ROSA SURRIBAS: MONTSERRAT ROIG

En la habitación de Rosa Surribas, los espejismos no son tales. Abres el armario y en la puerta se ha enganchado un mapa de Formentera.

Debajo del Faro de la Mola, parecido al que salía en el largometraje *Lucía y el sexo*, la relación de cumpleaños y santos de la familia: el 20 de octubre cumple años Rosa; el 1 de abril cumple años Josep, y el 8 de septiembre es el aniversario de...

Al lado, una arqueta de madera ovalada, con mango; una vela para centro de mesa, para sublimar las comidas de intimidad; frascos de perfume, cintas de casete, cajetines, cristales o pequeños perfumes como peceras para caballitos de mar, y un cepillo para la ropa seca con cerdas de dureza media y la marca de los dedos.

En otra estantería, junto a la almohada y la bombilla, un osito de peluche, una muñeca de trapo y el cono de pino canario. Monederos de tacón, de cuero, artesanales; piedras de playa para ser pintadas con la flor del nomeolvides; limas para las uñas; cajitas para deslumbrarse y un pollito de Pascua amarillo xenilla.

En un lugar destacado, la cajita que armó Josep Romeu con la bandeja de madera llena de fresones de Huelva. Él la serró, la pulió, la barnizó, la coloreó con la semilla de la flor de la pasión y le puso unos tiradores de botón, los broches perfectos. En esta cajita, Rosa Surribas custodiaba sus cadenitas, sus anillos y la plata de ley de lo que no está escrito. Quizás también su vocecita de coral.

Debajo de la balda, el mapa de Cataluña, embadurnado por comarcas.

En el cuarto de Rosa, que antes fue refugio de adolescentes, las voces se solapan unas con otras, voces antiguas de mujeres decapitadas por la historia oficial. En el estante sobre la cama, un ejemplar de *Mujeres para la historia*, de Antonina Rodrigo, que le prologa la reconocida Montserrat Roig: «Hay varias imágenes de Antonina Rodrigo en mi mente. La veo vestida con una capa negra intentando hablar de la amistad entre Andalucía

y Cataluña en una cena del Consell Nacional Català. Altura, voluntariosa y empeñada, ante tantos relojes parados en el exilio».

Enfrente, la biblioteca de una señora culta: *Caront espera*, de Fernando Savater; *Vendidas*, de Zana Muhsen y Andrew Crofts; *Chocolate*, de Joanne Harris; *Cartas a Theo*, de Vincent van Gogh; *Una victòria diferent*, de Eva Piquer; *Memoria entre el azul y el rojo*, de Maria Teresa Gallejo; *Ética para mi hijo*, de Fernando Savater; *Libro de las maravillas*, de Marco Polo; *Fortuny*, de Pere Gimferrer; *La Frontissa*, de Mauricio Serrahima; *Animal mundi*, de Susanna Tamaro; *Feria de agosto*, de Cesare Pavese; *La ciutat del fum*, de Vicenç Villatoro; *El preu de la traïció*, de Miquel Mir; *El último patriarca*, de Najat El Hachmi; *Elegía a Iris*, de John Bayley; *Els Mestres de la República*, de Portell y Marqués; *El somni català*, de Gabriel Pernau; *El arte en los tres mundos*, de

varios autores; *El propietario del secreto*, de Antonio Muñoz Molina; *Legítima defensa*, de John Grisham; *Pasiones*, de Georgia Witkin; *El arte como oficio*, de Bruno Munari; *Chamán*, de Noah Gordon; *Lola*, de Maria de la Pau Janer; *Primavera, estiu, etcètera*, de Marta Rojals; *Territorio comanche*, de Arturo Pérez-Reverte; *El cartero de Neruda*, de Antonio Skármeta; la autobiografía de Gertrude Stein; *Todos los cuentos*, de Giuseppe Tomasi di Lampedusa; *L'últim do*, de Mario Puzo; *León y África*, de Amin Maalouf; *Las identidades que matan*, de Amin Maalouf; *Juegos de la edad tardía*, de Luis Landero; *Davalú o el dolor*, de Rafael Argullol; *Ull de bou*, de Ramon Solsona; *La nada cotidiana*, de Zoé Valdés; *L'avi Siset*, de Ponç Feliu; *Lidia de Cadaqués*, de Cristina Masanés; *Historias sagradas vistas con gafas de color*, de Josep Ferràs; *Los mandarines*, de Simone de Beauvoir; *L'últim home que parlava català*, de Carles Casajuana;

Las aventuras de Tom Sawyer, de Mark Twain; *Rovelló*, de Josep Vallverdú; *Marxismo y estructuralismo*, de Lucien Sebag; *Adiós a las armas*, de Ernest Hemingway, y *Pluja de taronges y altres relats*, de Pilar Ezquerri i Pociello, su amada Pilar de la carretera de Sants: «Era un pueblecito pequeño, tranquilo y luminoso. Todas las casas estaban pintadas de blanco con la puerta de color azul, menos una, que era marrón con la puerta de color amarillo».

El orden de Rosa Surribas, con cuadernos y sugerencias y rosas. Y más libros:

Ardores de agosto, de Andrea Camilleri

Las afueras, de Luis Goytisolo

La filla del capità Groc, de Víctor Amela

El cor de l'espiral, de Antoni Dalmau

Estado de miedo, de Michael Crichton

La vida que apreng, de Carles Capdevila

El orden son papelitos sueltos.

Un corazón con lianas, un reloj despertador que sonará a las seis.

Llaves, llaveros, adornos, colgantes y grosellas.

La urna con las cenizas de Rosa Surribas, en el escritorio de su habitación.

Rosa Surribas, en la revista *L'Informatiu de Sants, Hostafrancas i la Bordeta*, de mayo del 2002: a la pregunta sobre el futuro de las industrias de Can Batlló, respondió: «A mí me sabe mal que las saquen porque aquí viven muchas familias del trabajo en pequeños talleres e industrias. Igualmente creo que el sitio adecuado para las fábricas no debería estar aquí. Este espacio es enorme y debería aprovecharse para que disfrute el vecindario».

Una llum oscil·lant, de Joan Bernadas, su querido Joan de la calle de Galileu: «Una luz oscilante, producida por las

llamas de la chimenea de la cocina, iluminaba la mesa».

El orden de lo establecido, las partes de lo ocurrido, el baile agarrado.

El orden inalterable, secreto, pautado.

El orden universal, preciso, lumínico.

EL ORDEN EN LA HABITACIÓN DE COSTURA: MARGARITA XIRGU

De planta esponerosa, lila, amaranta. De rasgos suaves, aterciopelados, como enaguas ligeras y de rosa raso. Cabello rizado, de blanco angelical. Ojos de perdiz, poco vanidosos. Amable en el trato, condescendiente, de elegante y sutil tacto. Novia de quienes se le acercan con el acuerdo bajo el brazo, enemistada con quienes se complacen en la pena. Ella ha danzado a sus anchas, con el deseo de ser útil.

Rosa Surribas podría ser otra más de las mujeres para

la historia que la escritora Antonina Rodrigo recogió en su ensayo de referencia. Rosa tiene en común la música con la artista Maria Blanchard (*Femme assise*), la poeta María Teresa León (*Rosa-Fría, patinadora de la luna*) y la actriz Margarita Xirgu (*La casa de Bernarda Alba*). La música de sus pasos, las esferas orbitales que dan sentido a su existencia.

Modista, con los dedos ha tejido trapos, ha confeccionado prendas de abrigo, ha hecho arreglos con recortes viejos, ha vestido de largo la coquetería y ha vestido de corto a las novias que esparcen la alegría. Aunque durante muchos años Rosa trabajó en la cocina de la escuela Proa, en la calle de Gavà, su afición y su placer era la máquina de coser.

En el piso de Bartomeu Pi, en un cuartito cercano al de Josep Romeu, la salita de costura, que antes fue la habitación de Marta y donde Rosa se pasaba las tardes con los

ojos pegados al hilo de la aguja. Cajas de zapatos, envueltas en celofán y papel de regalo, amontonadas y con datos exactos: «Piel», «piezas de ropa», «puntas»... Ropa hecha a medida, pantalón pendiente de algún descosido, faldas con taras, mejilloneras, patrones funcionales...

Las bobinas de hilo, las maderas y la cinta métrica, sobre un escritorio con la máquina de coser Sigma, sin remalladora, blanca como las columnatas de Bernini, como un brazo automático o un Robocop con sentimientos.

Una lámpara de escritorio con foco orientable y mordaza, de color amarillo llamativo.

Una silla con ruedas, sacada de alguna oficina, de color alejado del marrón dulce bombón.

Una regleta con cinco presas.

Un radiocasete de los noventa.

Una plancha para los acabados.

La estructura metálica de una escalera de tijera apoyada en la pared.

Rollos de papel.

Chinchetas.

Una muñequita a la que hay que vestir, una muñequita Barriguitas, blandita y de sombrero blanco.

Accesorios, hilados, algodones gaseados.

Hexágonos para ganchillo y bastidores de madera.

Lanas de ámbar y lotes de cogollos de extrañas composiciones.

«Mi madre siempre ha cosido. Los ruidos de la casa han sido el ruido de la máquina de coser y el ruido de la máquina de escribir», dirá una de sus hijas.

Un cuadro de recortes con amorcillos, besucones trazos y paisajes acriaturados le confeccionó la familia para darle una sorpresa a Rosa, en compensación por todos los años de dedicación.

«Cada una cosimos algo ya que ella siempre nos había cosido a nosotras», dirá otra de

sus hijas, emocionada por la evocación, las evocaciones.

Este cuadro de dos metros, como una colcha festoneada, se encuentra en la habitación de invitados, que antes fue la habitación de matrimonio.

En algunas estanterías, en algunas etiquetas, en algunos depósitos minúsculos para subir collarines, se percibe la sonata de Josep Romeu, el acompañamiento, como le ha prestado el orden y los compartimentos del orden. Rosa también enumera las cosas: del uno al ciento y pico.

Y así se aúnan los dos viejitos, referenciando objetos.

Los dos viejitos.

EL ORDEN EN LA HABITACIÓN DE INVITADOS: PIERRE-AUGUSTE RENOIR

En la habitación de matrimonio, que hoy es la habitación de invitados, una cama individual con una manta de franela, con líneas minimalistas y círculos irregulares de

estampados étnicos. El cabezal de la cama, de madera de pino envejecida, retiene al durmiente. Cabezal antiguo, de profundas cavidades, recubierto de un esmalte amortiguado. Encima del cabezal, un trozo de cielo abrumador. Se trata del óleo *La pequeña espigadora*, del impresionista Pierre-Auguste Renoir, de 1888. Contornos difuminados, trazos hiperbólicos, cabellos dorados, falda primaveral y pajarita en la cabeza, de rojo tronado.

Naranjas. Verdes. Rosas.

Encima de la pequeña espigadora, de tamaño original, un mapa de la Barcelona de los ochenta. Estadios. Jardines. Avenidas. El trazado del Pla Cerdà y la carabela *Santa María* en el Port Vell.

En la otra pared, junto a la cama, el cuadro de recortes con amorcillos: el mural acolchado, recortes hilados y unidos con sonrisas: alguien pintó las plantas de sus pies, alguien pintó una paleta de puntitos insomnes, alguien

pintó una Europa fuerte, alguien pintó con botones, ojales y latones, y alguien pintó una cuerda para extender pantalones.

En total, una veintena de motivos para darle a Rosa una sorpresa: «Ella nos ha cosido toda la vida y quisimos coser para ella».

La pared rosácea que da a la puerta, que da al comedor, con una mesa en la que se superponen títulos en catalán, de *Tirant lo Blanc*, de Joanot Martorell, a *Las flores del mal*, de Charles Baudelaire. Y encima, una reproducción de los lirios de Van Gogh con el púrpura salido de una garganta cinematográfica.

Y encima, una lámina con la *Mona Lisa*, de Leonardo da Vinci, y más que la mirada hipnótica, son las manos las que, afinadas e irresistibles, abren camino a quien quiera admirarlas.

La hermana de Rosa, Paquita, también dibuja. Del óleo *Sentirse al límite*: «He pintado la impotencia de la

mujer cuando soporta una carga problemática...».

En la habitación de invitados, que antes fue la de matrimonio, la calidez toca el piano, y se crea una espectacular sinfonía de clavecinos y violas de gamba. Aquí, donde se detiene el tiempo, el silencio empantana los sentidos y la prodigiosa anunciación llega a tocarte con su lejano rumor.

Rosa Surribas y Josep Romeu pisaban poco la alcoba, a pesar de ser un reducto para las almas pías y para los náufigos y las fieras.

En un minuto, aquí sentado o tumbado, los problemas menguan, las angustias se vuelven evanescentes y se nutre de papel charolado.

En su honor, se amamanta la bendición.

En su honor, la sardana más clara.

En su honor, la cintura estrecha de un mar azul.

Mar barítono.

Rizado.

Justo.

Esplendente.

EL ORDEN EN LA DESPENSA:
VLADEK SPIEGLEMAN

La despensa, en una madriguera frente a la puerta de entrada. Allí se almacenan los alimentos y las botellas, y variedades de objetos que podrían hacer las delicias de los titiriteros.

Se guarda el insecticida Raid («*Acción instantánea*») y el brandy Soberano («*Familia de vino*»).

Se guarda la jarra de agua y los zapatos comprados Clarks («*La forma perfecta*»).

Se guarda la sal y la aceituna.

Se guarda el patrón y el tomate.

Se guarda la tostadora Fagor («*Electrodomésticos para tu casa*») y el detergente Don Limpio («*Limpieza + cuidado*»).

Se guarda el martillo y la sierra.

Se guarda la copa Ritzenhoff Cristal de Voll-Damm («*Cerveza doble malta*»). Y el destornillador.

En una caja de zapatillas de la marca J'Hayber («*Time to enjoy*»), la anotación hecha con rotulador de tinta azul: «Sandalias José y calcetines». En el interior, la página cuadrículada arrancada de una libreta de anillas, con las siguientes indicaciones:

Sandalias compradas el 10 de julio 2012, 32 euros

17 octubre 2013, talones, 7 euros

2 noviembre 2014, talones y velcro, 9 euros

20 octubre 2015, tacones, 10 euros

6 noviembre 2016, talones, 10 euros

22 noviembre 2017, velcro, 10 euros

10 noviembre 2018, velcro, reparado Rosa

Tras los apuntes se esconde una visión del mundo que ya ha desaparecido, por los cambios sociales y urbanísticos. Quizá se pueda ver a Josep Romeu en una de las viñetas del documento ilustrado

Maus, de Art Spiegelman, cuando el padre del autor, Vladek Spiegleman, responde con un: «Creéis que el dinero crece en los árboles».

Los duros años de la guerra, que se colaron en la retina por el retrovisor, se hicieron presentes en varias generaciones. Los duros años de la guerra y los durísimos años de la posguerra, décadas acortadas en las que formaban parte de Barcelona las luces de aceite, las estufas de petróleo y los asnos.

Empujado por la necesidad, sin dejarse adoctrinar, pero con el sentido común por no hacer ninguna gamberrada, encarcelado entre los muros de una dictadura de la que no se veía el final... Este era el esqueleto de una época nefasta, con abrigo y sobretodo, con sombreros y agujas de gancho para el pelo, con carretas y obstáculos, con criadas y criados y con escaleras que olían a ajo y frituras. Época de pan negro y estraperlo. Las caras de los barrios,

poblados por los niños, se volvían grises por la chatarra acumulada. El chatarrero venía y compraba. El aguinaldo se daba como se daban las gracias y las condolencias, con un respeto arrepentido y sincero. Los abrazos, tal vez mayores que nuestros abrazos virtuales. Las penas, quizás penas más severas: en Barcelona había pozos y en según qué fuente se llenaban garrafas de vidrio forradas de mimbre y caña. Los juegos, en la calle, con las tientas de las escuelas taurinas y las escopetas salvajes para cazar perdices, quien podía. La obra de la emigración hoy es inmigración de ladrillo y bicicleta. La pobreza, aumentada, y las familias, hambrientas como manadas, resguardadas. La partitura podría haber sido escrita por el mañico Antón García Abril (*El hombre y la tierra*), y la prosa, la habría escrito Plinio el Viejo: «La lengua no es igual en todos los animales. En las serpientes es finísima, trifurcada, vibrátil, de color

negro y muy larga, si se extrae; en los lagartos es bífida y pelosa; también en las focas es doble. En cambio, en los animales antes mencionados es tan delgada como un cabello. En los demás sirve para chupar la boca alrededor».

La prosa.

*

El ministro de Exteriores franquista Fernando María Castiella se entrevistaba con el general francés De Gaulle.

Dublín cambiaba de embajador español.

Y en la actualidad gráfica, y destacado, el Barcelona vencía al Karlsruher, equipo alemán de fútbol.

Los titulares de la prensa del 8 de septiembre de 1959 se ceñían a la censura imperante: nada de conflictos, huelgas ni voces críticas con el Régimen.

El 8 de septiembre, por la mañana, contraían matrimonio Josep Romeu y Rosa Surrribas.

Josep, con una carita de ángel, las manos pálidas y un clavel blanco en la solapa de su blazer, elegante, occidental. Miraba la cámara de hito a hito, como si ese día fuera una solemnidad, una epifanía. Le cogía del brazo izquierdo la recién casada, su mujer, blanca como la nieve, radiante, con un traje de gasa, de corte imperio, de media manga. Cristales y joyas, puntas y bordados, retoques finos y ceremoniosos.

Ella sujetaba un ramo de rosas blancas como un solo blanco.

Ella miraba al suelo, con cuidado de no pisar la cola, principesca, heráldica.

El fondo de la fotografía, los lirios acampanados y una cruz celeste que les bendecía. Se trata de la iglesia vieja de Sant Medir, en el pasaje de Toledo.

Un coche impresionante, un Cadillac nupcial, les recogería a la salida del enlace.

Ella se volvía a mirar hacia el objetivo, con unos ojos ga-

seosos, el viento de barlovento en calma.

El convite lo celebraron bajo las pérgolas de la Font del Gat, en los Jardines de Laribal de Montjuïc, obra de Puig y Cadafalch.

Se amaron. Se desearon. Se respetaron. Suspiraron. Se susurraron. Se remojaron juntos y se abrigaron. Tuvieron cuatro hijas. Las quisieron. Las cuidaron. Las auparon.

Los años se alargaron y tuvieron más estaciones de las correspondientes, con otoños que medían una vía láctea.

Se compraron el pisito de Bartomeu Pi, 29-33. Lo decoraron. Lo montaron. A Josep no le gustó el color del armario, decía que el color claro del roble era el color del conglomerado. Josep seguía visitando la casa de los padres, en la calle de Pavia, 48, por la zona del Mercat Nou. Y la casa de los suegros, en la calle de Alpens con Guadiana.

Con los años, Josep cambió los zócalos, comprados en la empresa Azulejos V. Porcar

(«*Materiales para la construcción*»). No se decidía por los modelos azul Aral o Fátima verde.

Con los años, Josep viajó a Madrid para asistir a un mitin de Santiago Carrillo, líder de los comunistas. Hacía poco que Carrillo se había quitado la peluca.

«El servicio de orden ha pasado a la historia», titula su columna de opinión Enric Juliana, de *La Vanguardia*, en referencia a la férrea disciplina de los partidos de cariz marxista, cuando la gente creía en los partidos.

Con los años, Josep coleccionaría estampas de trenes, especie de homenaje a su padre, maquinista del *Shanghái Express*, que conectaba Barcelona con Vigo y que debe su nombre a la cinta romántica del director Josef von Sternberg (1932), protagonizada por la actriz Marlene Dietrich.

Con los años, envolvería el bocadillo en papel de periódico. Lo metería en la fiambrrera.

Con los años, aprendería a hacer judías secas con butifarra, el plato suculento del que nunca se hartaba. Josep, el cap de taula.

Con los años, robaría los vasos japoneses de sake frío, uno por uno.

Con los años, le pesarían los riñones.

Años y años.

Se habían conocido en la catequesis, y ambos habían rezado al mismo Dios, un Dios exquisitamente bueno.

Cuando se fueron Rosa y Josep, acababan de celebrar las bodas de diamante.

Cristalino, tenaz, esférico, el diamante no se raya.

Ahora solo queda el recuerdo.

El recuerdo del fuego, de las palabras, de la casa.

Josep espoleaba la cámara Minolta, que sacaba a luz antes de que el sol se pusiera. En los equipamientos municipales de Cotxeres de Sants y Casinet d'Hostafrancs, en el distrito de Sants-Montjuïc,

hormigueaba con su mirada plural, inductiva y paritaria.

Lo recordamos poniendo cuidado en un acto con las bailarinas de la Compañía Juvenil de Ballet Clásico de Catalunya.

Le recordamos con el bigote *painter's brush*, recordamos sus manos grandes.

Le recordamos gastando suelas de zapatos en los plenos, las audiencias y los consejos.

Le recordamos promoviendo la reforma de la calle de los Jocs Florals, en la que cantó el compositor Joan Masdéu.

Lo recordamos peregrinando.

Le recordamos de tertuliano en la emisora local Sants 3 Ràdio («*La radio de Sants-Montjuïc*»).

Le recordamos con la estrella de plata de las Brigadas Internacionales, símbolo de la solidaridad, que le entregó la agrupación de Sants-Montjuïc del Partido de los Socialistas de Cataluña. Orgullosísimo.

«Le gustaba que las cosas estuvieran ordenadas, pensadas y hechas como es debido», retrata al oficial del Estado Mayor Ludwig Renn, de la XI Brigada Internacional, el historiador Giles Tremlett (*Las Brigadas Internacionales. Fascismo, libertad y la Guerra Civil española*).

Le recordamos herido por la miseria humana. Intentó buscarle techo a un mendigo que aún hoy duerme en la plaza de Espanya. Le contó la historia a Mónica Cobos, la anterior coordinadora de la revista local *L'Informatiu de Sants, Hostafrancs i la Bordeta*. Ella escribió el artículo «El Distrito tarda seis meses en hacerse cargo de un indigente de la calle», en julio del 2001, antes de la caída de las Torres Gemelas: «Nadie sabe de dónde salió ni por qué vino a Barcelona. Dicen que venía de la Estación de Sants y que fue a la comisaría a denunciar que le habían robado. A partir de entonces se quedó ahí y ya no se movió más de ese lugar».

Lo recordamos como un periodista tintinesco, haciendo país, haciendo barrio.

Josep Romeu, en *L'Informatiu* de mayo del 2003: a la pregunta sobre las demandas a los políticos para las elecciones municipales del 25 de mayo, responde: «Ahora es el momento de presionar a los políticos. En La Bordeta, donde yo vivo, hay muchas cosas por mejorar todavía. Debemos tener presente que somos uno de los barrios con más gente mayor de toda Barcelona. También faltan más espacios verdes».

Le recordamos perdonando las ofensas.

Le recordamos rodeado de amigos: el presidente de la Asociación de Vecinos de Hostafrancs, Jordi Duixans; la usuaria Antònia Vives, de la residencia de ancianos Mossèn Vidal i Aunós, y Pere Garcia-Plensa, miembro del club de cine La Linterna Mágica.

Con el farmacéutico Manuel Subirà (Farmacia Subirà) estudió grandes proyectos. A

Subirà le entrevistó Reportero Jesús, en el 2003: «Ara faig feina, no treballo. [...] Quan treballes, cobres. Quan fas feina, no».

Le recordamos motivando, y formando parte de luchas vecinales: el CAP de la Bordeta, la Biblioteca Vapor Vell, Can Batlló...

Le recordamos como presidente de la fiesta mayor de las Calles Viladecans y Bartomeu Pi.

Y como presidente de Amics de La Bordeta.

Le recordamos contando las veces que iba a una población cercana a Montserrat para reencontrarse con un hombre postrado en cama desde la adolescencia.

Lo recordamos hablando por los descosidos, dirigiéndose a las niñas bonitas con el apelativo de *maca* y dirigiéndose a las mujeres casadas con el apelativo de *jove*.

Le recordamos dando ánimos, prolongando con el discurso campesino del Subcomandante Marcos: «Méxi-

co: no venimos a decirte qué hacer, ni a guiarte en ninguna parte. Venimos a pedirte humildemente, respetuosamente, que nos ayudes. Que no permitas que vuelva a amanecer sin que esa bandera tenga un lugar digno para nosotros, los que somos del color de la tierra».

Le recordamos excusándose: «No entiendo de política, prefiero no decir nada». Y era mentira.

Lo recordamos llevando papelitos, haciendo encargos, ejerciendo de sacristán de los precarios.

Le recordamos orgulloso de su pasado, de su familia y de la ayuda prestada a los demás, narrada como una hazaña, una odisea, una tonada. Daba para recibir.

Lo recordamos volviendo a casa, después de las tertulias encendidas.

Lo recordamos yendo a los seminarios, a las aulas, a las consultas.

Lo recordamos como un escudero.

Le recordamos como una buena premonición, como un hombre predestinado a hacer el bien, como una persona honesta.

Le recordamos elogiando las cualidades de los presentes.

Lo recordamos atendiendo las órdenes de otros.

Lo recordamos pagando al contado.

Le recordamos implicado.

Benévolo, curioso, generoso.

Lo recordamos libre.

Le recordamos en el canal de televisión Betevé (*«El medio de proximidad de Barcelona»*), en el programa del 27 de junio del 2014, en el que compartía las sensaciones que tuvo cuando le anunciaron que recibiría la Medalla de Honor. Pronunció frases como...

Yo veía las carencias que había en este barrio...

Una llorera..., me quedé que no sabía dónde mirar...

Siempre me pongo en segunda fila...

Esto representa muchísimo...

Relación auténtica con todos los vecinos...

Reconozco y se me ha reconocido...

Dialogando pacíficamente...

Le recordamos en su casa, en el entresuelo segundo de la calle de Bartomeu Pi, 29-33, en el barrio de La Bordeta, junto con su mujer, Rosa Surribas, y con ellos, el actor Robert Redford, el escritor Edgar Allan Poe, la periodista Montserrat Roig, la actriz Margarita Xirgu, el pintor Pierre-Auguste Renoir y el deportado Vladek Spiegleman.

La última vez que Reportero Jesús vio a Josep Romeu fue cuando vino a buscar sus memorias escritas por el periodista Albert Torras: *El porqué de una medalla de honor de la ciudad de Barcelona* («La fidelidad al trabajo, a un estilo de vida austero, familiar, sencillo, fue la mejor herencia que recibí»).

En la portada del libro, la imagen de Romeu siendo un bebé, tal cual vino al mundo, rodeado de ramas.

Poco antes, había llevado a encuadernar unos fascículos de la Segunda Guerra Mundial, de Guadalcanal a la Batalla de Kursk, de la que estaba tan versado su amigo del alma Marià Vivancos, que despedimos en un homenaje masivo al que asistió el alcalde de Barcelona Jordi Hereu.

Josep Romeu falleció el 28 de abril del 2020.

Dos meses después, sus hijas recogían sus fascículos encuadernados.

Los silencios.

Sus silencios.

He sabido llenar mis silencios con las colecciones de sellos, de monedas, vitolas de puro, de etiquetas, de postales, muchas de ellas de ferrocarriles y tranvías, de fotografías antiguas y del barrio. Coleccionar no sé por qué. Quizás porque ordenarlo todo ha formado parte de mi vida. Olivetti, du-

rante tantos años, me dio un método de trabajo exigente. He necesitado colocar las piezas de mi vida, al igual que colocaba

las piezas en una máquina de escribir y calcular. Y me ha salido un relato de vida bastante bueno.











6



«Aquí vivía una familia encantadora.»

Escrito con spray en la puerta que sella la entrada del bajo del número 6 de la calle de Salou, en Sants (casa enladrillada, desocupada).